

FLORESCENCIA

KOPANO MATLWA



13

Desde que era niña, Masechaba sueña con hacerse médico y salvar vidas. En una joven Sudáfrica que no ha cerrado en absoluto las heridas de su pasado, la medicina le parece una vía ideal para contribuir a apaciguar el sufrimiento de una sociedad todavía xenófoba, machista y supersticiosa. Pero a la vez que trata de aliviar el dolor ajeno —trabajando en un hospital con pocos recursos y enfrentándose a diario con las penurias del sistema público de salud, que muchas veces pondrá a prueba su vocación— Masechaba tiene que lidiar con sus propios demonios: los fuertes dolores de menstruación y la vergüenza asociada a la misma, el duelo por el suicidio de su hermano y las presiones de una madre profundamente religiosa y reaccionaria que trata de alejarla de su única amiga, Nyasha, una combativa chica de Zimbabue que hará abrir los ojos a Masechaba sobre la creciente tensión xenófoba que acarrearán los ecos del apartheid. A través de la experiencia personal de la protagonista —áster ego de la joven novelista sudafricana Kopano Matlwa—, Florescencia capta la atmósfera violenta y confusa de la Sudáfrica actual y reflexiona perspicazmente —desde una perspectiva que prolonga y renueva la de Nadine Gordimer o J.M. Coetzee— sobre las cuestiones de raza, pobreza y género. Masechaba será víctima de la cultura de la violación imperante, de la corrupción y el crimen institucionalizado en el sistema público de salud, de la xenofobia y la falta de oportunidades para los jóvenes con talento. El diagnóstico de un presente enfermo a través de una mirada pura y una prosa tan exacta que provoca lágrimas y escalofríos.

Kopano Matlwa

Florescencia



Título original: *Period Pain*
Kopano Matlwa, 2016
Traducción: Magdalena Palmer, 2018

Revisión: 1.0
20/05/2019

Para Laone
Para Palesa
Para Sindiswa
Para Shivani
Para Khetiwe
Para Karabo
Para Phindile
Para Nomsa
Para Oratilwe
Para Rudo
Para Lebohang
Para Mandisa
Para Dineo
Para Akhona
Para Lucy
Para Thabitha
Para Lerato
Para Kadego

Para Lulama

Para Yolandi
Para Funeka
Para Kudzai
Para Thandeka
Para Ilse
Para Boitumelo
Para Andile
Para Gugulethu
Para Marea
Para Nolitha
Para Lesedi
Para Tshepiso
Para Sibongile
Para Hope
Para Grace
Para ti
Para mi
Para nuestras
hijas

PRIMERA PARTE

«¿Alma mía, por qué desesperas dentro mí?».

Salmos 43:5

Dicen que en el cielo seremos eternamente felices. No lloraremos, no sufriremos, no sentiremos miedo ni preocupaciones. Todo será perfecto. Una vez, en el Grupo de Estudios Bíblicos, confesé que me costaba imaginarlo, que la idea me parecía tan agotadora como la de una fiesta infinita. Me preocupaba que el cielo me resultara insoportable, sentirme ajena a todas esas personas alegres y arrebatadas. Pero la esposa del padre Joshua me dijo que recordase la última vez que había sido muy feliz. El cielo sería como ese momento, paralizado para siempre.

Pensé en mi graduación, que fue un día muy feliz para mí. Recordé fragmentos de la Declaración de Ginebra de la Asociación Médica Mundial.

Prometo solemnemente consagrar mi vida al servicio de la humanidad... Velar ante todo por la salud de mi paciente...

Durante las semanas previas a la ceremonia había ensayado esas palabras a diario, y cuando las pronunciamos al unísono, vestidos con nuestras togas, me pareció que brotaban de mis labios como notas de una música sublime.

Me recordé esperando oír mi nombre para recoger el título en el estrado. La sala estaba repleta y yo aguardaba junto a unos alumnos de mi clase a los que no conocía demasiado, aquellos con los que solo coincidía en la matriculación, en los exámenes y en cualquier acontecimiento que exigiera un orden alfabético. Como los discursos eran largos y no veía a mamá entre el público, me sumí en mis fantasías habituales desde hacía semanas, en las que imaginaba todo lo que haría en cuanto me graduase.

Imaginaba que me hacía cliente de una tienda de ropa y que la dependienta, mientras tecleaba mis datos en el ordenador, preguntaba: «¿Señorita...?».

«Doctora», respondía yo. Luego solicitaba un bono para el cine y volvían a preguntarme: «¿Señora o señorita?». «Ninguna de las dos, soy doctora». Y lo mismo en el banco, y en la agencia de viajes, y en el dentista. Una y otra vez. Lo pronunciaba despacio, en voz alta, alargaba las sílabas, lo repetía por si no me habían entendido a la primera. Me recuerdo riendo para mis adentros, sentada entre L-ab y L-ij. No me hacía a la idea. ¡En cuestión de minutos sería doctora!

Se rumoreaba que en el fondo de la sala había vendedores de coches que esperaban el fin de la ceremonia de graduación, junto a agentes bancarios que también aguardaban para concedernos hipotecas sin depósito, pues nuestros títulos eran garantía más que suficiente. Alguien dijo que unos asesores financieros repartían tarjetas platino con nuestros nombres ya impresos. Aunque sabía que eran disparates, yo volvía la cabeza, por si acaso.

«Y una mujer que desde hacía doce años padecía flujo de sangre y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, pero que lejos de mejorar había gastado todo lo que tenía sin resultado alguno, oyó hablar de Jesús; se le acercó por detrás, entre la multitud, y tocó su manto, porque se dijo: “Si toco aunque sea su manto, sanaré”. De inmediato la fuente de sangre se secó y sintió que su cuerpo se había curado del tormento. Al momento Jesús reconoció también el poder que había emanado de él y, volviéndose a la multitud, preguntó:

—¿Quién me ha tocado la ropa?

—¿Ves a toda esa la gente apiñada y preguntas “quién me ha tocado”? — respondieron sus discípulos.

Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién había sido. La mujer, sabiendo lo sucedido, se acercó temblando de miedo y, arrojándose a sus pies, le confesó toda la verdad.

—¡Hija mía, tu fe te ha salvado! —le dijo Jesús—. Vete en paz y queda curada de tu tormento».

Marcos 5:25-34

Cuando empecé a sangrar, creí que mamá me mataría. Yo era una niñita traviesa que metía los dedos donde no debía y me tocaba partes del cuerpo que no tenía que tocar. Por eso, cuando en la feria de Rand descubrí la mancha en mis braguitas de Campanilla, no lloré como hacen la mayoría de las niñas. No: enseguida supe que era un castigo divino y oculté la prueba. La escondí durante muchos días. Enrollaba puñados de papel higiénico en mis bragas de Woolworth; me rozaba y era incómodo, pero no podía compararse con la incomodidad que sentiría al confesarle a mamá que había pecado y que sangraba como castigo. ¡Eso sí que acabaría conmigo! Un domingo por la mañana, antes de ir a la iglesia, me puse de puntillas para cerrar la puerta del garaje y mi vestido de cuadros escoceses dejó al descubierto el oscuro secreto que hasta entonces había ocultado entre los muslos; en cuanto subí al coche, mamá me preguntó qué eran esas manchas en mis relucientes medias, y entonces supe que sin duda aquello era el principio del fin.

Y en cierto modo lo fue, pues en impetuosa respuesta a la pregunta de mamá se abrió una esclusa interior y la sangre empezó manar entre mis muslos, me resbaló por las piernas y hasta me salpicó las sandalias de plástico. Siguió así durante semanas, aflojando de vez en cuando, durante unos días, para reanudarse con más intensidad, arrastrando coágulos a su paso.

Después aprendería, en catequesis, que esos cántaros de suero que manaban periódicamente de mi vagina no eran un castigo divino, sino una parte sana y fisiológicamente necesaria de la vida de las mujeres que no solo debíamos aceptar, sino también celebrar.

Sin embargo, rogué incesantemente al Dios que había dividido y secado el mar Rojo para que lo cruzara el pueblo elegido que se planteara bendecirme con una temporada de bragas secas.

Recuerdo decirle a mamá que quería que me lo sacasen, que lo extirpasen y lo incinerasen en la gran cámara del hospital que había detrás de la colina.

Me dijo que estaba loca.

—¡Esto sí que es una locura! —grité.

—No es ninguna locura, Masechaba, es una enfermedad.

—Entonces yo estoy enferma por esto, mamá.

Mamá me aseguró que decía disparates, que eso era algo que las mujeres tenían que soportar y que, si me lo quitaban, un día lamentaría no poder traer vida al mundo.

¿Vida?

¿Y a mí qué me importaba traer vida al mundo si no podía tener una vida propia? ¿Si vivía prisionera de un animal alojado en mi pelvis que podía partirse el cráneo cuando le viniese en gana y derramar su sangre por el suelo en el momento más inesperado, sin la menor provocación?

¿Qué vida tenía yo? ¿Eso no le importaba a mamá?

No, no le importaba.

Me refugié en la soledad. No porque quisiera estar sola, sino porque era lo más fácil para todos. Mi único amigo era Tshiamo, mi hermano. Las manchas no parecían molestarle tanto como a los demás. Como aquella vez que papá le compró un coche y él me invitó a dar una vuelta. Estaba tan entusiasmada con su entusiasmo que se me olvidó correr a casa para cambiarme el tampón y añadir una segunda capa a la compresa. Cuando llegamos a la autopista —a las cuatro y media, insensatos de nosotros— y vi el tráfico, me dije: mierda. Intenté no pensar en aquello, ni siquiera cuando noté la sensación pegajosa entre los muslos y supe que el tampón estaba saturado y la compresa inundada, y que la única vía de escape pasaba por los tejanos y el asiento del coche nuevo. Intenté concentrarme en el tema de Tracy Chapman que cantaba Tshiamo. Cuando por fin volvimos a casa, mi hermano fingió que no lo había notado, pero yo supe que sí porque después pasó bajo la ventana de mi habitación con un cubo de agua jabonosa y una esponja en la mano.

En la escuela siempre me sentaba al fondo de la clase y me aseguraba de que no hubiera nadie detrás; así, si manchaba el uniforme, no sería la última en enterarme.

Era lista y curiosa. No sentía el menor interés por los gamberros que se habían apropiado de la última fila de pupitres, pero sabía que si quería conservar mi puesto en el fondo del aula, lejos de las crueles miradas de las niñas, tenía que ser tan mala como el peor de ellos.

Con la práctica se aprenden algunos trucos. Ropa oscura, pantalones elásticos debajo del uniforme escolar, una compresa barata y gruesa de marca blanca debajo de la Always Infinity para absorber el inevitable escape... Siempre llevaba un tampón en el sujetador, para poder ir corriendo al cuarto de baño entre la multitud sin rebuscar primero en la mochila. ¿*Ballet*? Ni pensarlo. ¿Natación sincronizada? ¿Estás de broma? ¿Gimnasia? Ni aunque me pagasen. ¿Baloncesto? Arriesgado. ¿Correr? A veces.

Nada de fiestas. Nada de dormir fuera de casa. Mamá quería evitarse la humillación de que otra madre la llamara para decirle que su hija había ensangrentado las sábanas y el colchón. Ella fingía indiferencia, pero yo sabía que la agresividad de mi joven útero la desconcertaba y la abochornaba como al que más.

Me decía cosas como: «¡Sangras tanto por comer demasiado queso!». O: «¡Esos tampones no son naturales, no dejan que la suciedad salga libremente!».

Me molestaba que hablase así, porque ella sabía tan bien como yo que esos cuentos de viejas eran absurdos. Ninguna cantidad extraordinaria de queso podía explicar mi desmesurado sangrado uterino y los consiguientes mareos, desmayos y taquicardias descontroladas. Ella sabía que si la solución pasaba por dejar fluir libremente lo que llamaba «suciedad», yo andaría por ahí sin compresa, sin salvaslip e incluso sin bragas, desnuda a la vista de todos, si así conseguía detener aquella locura que manaba de mi interior.

Siempre me mareaba, me desmayaba y tenía el corazón desbocado. Entraba y salía del hospital, donde recibía transfusión tras transfusión, pastilla tras pastilla, parche tras parche, inyección tras inyección.

Finalmente el sangrado disminuyó, en realidad cesó casi por completo, salvo por el típico manchado ocasional en meses esporádicos. No recuerdo cómo se detuvo, ni el día específico. Quizá lo solucionó la ablación endometrial. Yo era demasiado joven para entenderlo, pero recuerdo que mamá le contó a la tía Petunia que, según los médicos, la única solución, exceptuando la histerectomía, era quemar el revestimiento del útero.

—¡Que lo quemem, mamá! —Recuerdo que chillé.

Me gritó que me callase, pero creo que cuando me desmayé en la piscina de *rakgadi* Tebogo^[1], en la boda tradicional de Dineo, mamá dejó de preocuparse por la vida que yo nunca podría traer al mundo y empezó a preocuparse por la que había traído ella.

No me confié y seguí llevando compresas, tampones, papel higiénico, toallitas y bragas negras allá donde iba. Cuando se pusieron de moda los diminutos bolsos de mano, miré con envidia a las chicas bonitas que paseaban por el centro comercial con unos billetes y el brillo labial en sus deslumbrantes bolsitos, pero sabía que no debía bajar la guardia. La bestia solo estaba durmiendo, y podía despertar en cualquier momento.

De modo que cuando fui de observadora al hospital y, por el resquicio que dejaban la gigantesca gorra quirúrgica, la máscara y las gafas que me obligaron a ponerme, vi que un neuro-cirujano se subía a la mesa de operaciones para que un colega le soltase un nervio pinzado de la espalda que llevaba toda la mañana molestándole, lo interpreté como una señal divina: precisamente así conseguiría extirpar y destruir aquel órgano abominable de una vez por todas.

Cuando después, aquella noche, mamá me preguntó cómo me había ido el

día, le dije que había sido maravilloso y que estaba convencidísima de que quería ser médica. Sonrió. Me dijo que era una buena profesión y que sin duda sería una doctora excelente que ayudaría a mucha gente.

No había pensado en la gente hasta que la mencionó. En aquel momento decidí que no era muy sensato confesarle que solo quería estudiar medicina para que algún conocido de la facultad accediese a practicarme la histerectomía que todos los médicos que habíamos visitado se negaban a realizar.

Pero eso ocurrió hace muchísimo tiempo, y cuando me saqué el título aquellas fantasías infantiles estaban más que olvidadas.

«¿Por qué me rechazas, Señor? ¿Por qué escondes de mí tu rostro? Desde mi juventud he soportado terribles penas y he estado cerca de la muerte. He sufrido tus espantos y desespero. Tu ira me abrume y tus terribles ataques, que a todas horas me envuelven y ahogan como un diluvio, me han vencido. Has alejado de mí a mis amigos y a mis seres queridos, y las tinieblas son mi única compañía».

Salmos 88:14-18

El padre Joshua no perdió el tiempo después de mi graduación. A las pocas semanas de recibir el título del Colegio Oficial de Médicos de Sudáfrica, me pidió que diese una charla sobre carreras profesionales. Me dijo que había que animar a la juventud. Se lamentaba de que nuestro pueblo ya no valoraba los estudios: quizá a los jóvenes les inspirase ver a alguien como yo, a quien le iban bien las cosas.

Le dije que estaría encantada, pero mentía. Detestaba hablar en público y la verdad es que no tenía mucho que decir. En mi opinión, si eres listo, te haces médico. Las licitaciones gubernamentales se acaban, y a veces no te pagan, y a veces te arrestan. En cambio, los estudios son algo que tienes de por vida.

Tshiamo pintaba el dolor, pero eso le hizo tener pensamientos demasiado profundos y acabó colgándose de un árbol. Mi padre consiguió una licitación del gobierno, pero reestructuraron el gabinete e incorporaron a personas que él no conocía. Se produjeron irregularidades que requerían un chivo expiatorio, por lo que acabó saliendo en los periódicos y ahora está en la trastienda de *gogo*^[2] bebiéndose los días que le quedan. En cuanto a mí, mamá me encontró trabajo como administrativa pública. Trabajaba en el Departamento de Sanidad, así que pudo conseguirme una beca, lo cual facilitó las cosas. No es que tuviese un millón de opciones donde elegir. La Universidad de Seriti estaba cerca de casa y en el hospital Botshelo siempre necesitan internos.

Pero no podía negarme a lo que me pedía el padre Joshua. No quería que pareciera que me creía demasiado importante para pasar un rato con los jóvenes. De modo que escribí las historias que sabía que querrían oír y se las envié por correo electrónico a Tshiamo para que me diese su opinión.

No esperaba una respuesta, por supuesto. No estoy loca. Ni tampoco estaba en fase de negociación. Pero cada uno vive el duelo a su manera y yo tenía derecho a pasarlo como se me antojase. A los de Gmail no parecía importarles. Seguían enviando mis correos a Tshiamo, como siempre. No como mamá, *malome Softly*^[3], *gogo* y los demás, que se habrían preocupado y no tenían nada que ver con lo que habían sido.

Evidentemente sabía que Tshiamo estaba muerto, no hacía falta que me lo recordasen. Sin embargo, ¿qué es *saberi*? Desde que tengo uso de razón he sabido que un día me moriré, pero ¿significa eso que tengo que levantarme todas las mañanas pensando en mi muerte? Claro que no, sería absurdo. Sé que Tshiamo está muerto, muchas gracias. Agradezco que os preocupe tanto que pueda ignorar lo peor que me ha pasado en la vida. Gracias, sois muy amables, pero ¿puedo decidir olvidarme, ni que sea un momento? ¿Os parece bien? ¿Igual que prefiero olvidar que el mundo es malvado, que nuestro gobierno corrupto y que Occidente siempre conspira en nuestra contra?

Por favor, ¿puedo seguir dándole billetes de veinte rands al hombre sentado a las puertas del supermercado y seguir rezando por los pobres y los oprimidos? Y, si no tenéis inconveniente, ¿puedo seguir enviándole correos electrónicos a mi hermano muerto, que era mi único amigo, la única persona que procuraba verme, que deseaba concederme parte de su tiempo, su interés y su sentido del humor? ¿Puedo fingir que volverá de su taller de arte a las seis de la tarde, con una sonrisa en los labios y la bolsa vacía del almuerzo en la mano? ¿Te parece bien, mundo?

¿Me permites que envíe caras sonrientes y fotografías a mi difunto hermano, a quien añoro más que a nada en el universo y cuya muerte me ha dejado un hueco tan grande que me da miedo resbalar y caerme dentro?

Pues no, al mundo no le parece bien. No hay nada que moleste más al mundo. De modo que paré. Porque mucho después de que *malome Softly* entrase en la tumba de Tshiamo y vertiese tierra sobre su cabeza, mucho después de que la tía Petunia me agarrase del brazo y me obligase a mirar la cara de mi hermano en el ataúd contra mi voluntad, como si fuese una niña, como si ella fuese alguien relevante en nuestras vidas; mucho después de que la gente dejara de visitarnos para beberse todo el té y comerse hasta el último bollo, mucho después de que nuestros vecinos se olvidasen de que debido a

nuestro duelo tenían que ser amables con nosotros, la novia de *malome* Softly, a quien consideraba mi amiga, vio mi bandeja de mensajes enviados mientras yo buscaba algo en el móvil y fue a decirle a mamá que me comunicaba con mi hermano muerto, y que le preocupaba que estuviese practicando la brujería. No me quedó más remedio que dejar de escribir a Tshiamo y pasar a anotar todo en este estúpido diario que no puede leer nadie, excepto Dios... Si encuentra algo de tiempo.

«Sufro con el sufrimiento de mi pueblo; la tristeza y el espanto se han apoderado de mí.

¿Acaso no hay bálsamo en Galaad? ¿No quedan médicos allí?

¿Por qué no sana entonces la herida de mi pueblo?».».

Jeremías 8:21-22

Cuando éramos niños, Tshiamo y yo jugábamos a médicos. Aunque le parecía una estupidez, sabía que a mí me encantaba y se prestaba. Pero no siempre, no en sus días malos. Tampoco es que fuese un santo, nada de eso. A veces tenía que suplicarle durante horas y prometerle que le dejaría en paz el resto del día si accedía a jugar un ratito conmigo. Y la verdad es que solo era un ratito, porque yo ya lo tenía todo preparado: los pacientes se encontraban en la mesa de operaciones, me había lavado meticulosamente manos y brazos, los medicamentos estaban listos y etiquetados, y el instrumental en orden. Solo necesitaba la colaboración de una enfermera quirúrgica.

Tshiamo entraba con cara de fastidio en mi habitación repleta de osos de peluche semidegollados que supuraban espuma amarilla. Yo le sonreía y le decía que no se asustara, que iba a salvarlos. Y sí, siempre los salvaba.

Recuerdo mi primera lección sobre células en Ciencias Naturales, cuando cursaba secundaria. La señora McCartney las describió como pequeñas fábricas en el interior de nuestros cuerpos... No, como ciudades con muchas fábricas dentro. Nos dijo que había millones y que estaban muy apretujadas. Intenté imaginármelas, imaginar toda esa actividad dentro de mí. Recuerdo que me sorprendió cuánto me quedaba aún por aprender, y que me pregunté si algún día entendería por completo el funcionamiento del cuerpo humano.

Mamá dijo que me preocupaba demasiado. Me recordó lo angustiada que estaba en primer curso, cuando creía que nunca aprendería a leer. Me reí al oírlo, aunque sigue asombrándome cómo pasamos de mirar árboles y elefantes en una gran lámina de colores a memorizar los nombres de los vasos sanguíneos del corazón, y de ahí a insertar un catéter venoso central en el

cuello de un paciente. Supongo que es esta capacidad universal —pasar de estudiar las señales de tráfico y las rotondas en los libros de teórica a adelantar camiones en la autopista— la que nos hace algo temerarios sobre lo que nos creemos capaces de conseguir.

Ahora comprendo que llegar hasta aquí fue en gran parte una cuestión de suerte, y que también influyeron los numerosos esfuerzos invisibles de quienes me rodeaban, como las guías para la preparación de exámenes que fueron llenando lentamente mi dormitorio o las clases de repaso que mamá insistió en que mi padre pagara. De modo que cuando vi que a la paciente A3 le salían guisantes del cuello, pensé que se me había acabado la suerte.

El doctor Voel-Vfamba me dijo que así es como se aprende, que la paciente iba a morir de todos modos y que no debía sentirme mal.

Los pacientes se mueren continuamente. Nadie espera que los salvemos a todos. Hacemos lo que podemos. Y con nuestro agónico sistema sanitario, la escasez de personal, los problemas sociales, ¿qué se puede esperar? Hacemos lo que podemos: es el mantra que me repito día y noche, noche y día. Se lo recito a otros, y otros me lo recitan a mí.

Hacemos lo que podemos.

Hacemos lo que podemos.

Además vienen demasiado tarde al hospital; ¿qué podemos hacer? Muchos son unos irresponsables. Nuestra gente se cree muy lista, pero se niega a tomar conciencia de su salud. Y luego están el gobierno, el distrito, el ministro, el presidente.

Hacemos lo que podemos.

Hacemos lo que podemos.

Recito esas palabras sin cesar; a veces en silencio, otras con violencia. Pero cuando la madre (¿irresponsable?) del bebé (ahora muerto) corre por el pasillo seguida de los guardias de seguridad, mientras la enfermera Agnes trae un valium y los pacientes miran boquiabiertos desde sus camas, y aquello es tu responsabilidad, tu turno, tu paciente, tu incidente, otra muerte en tu guardia, el mantra no funciona. El coeficiente de Gini, la crisis económica, el legado del *apartheid*, los Objetivos de Desarrollo del Milenio no alcanzados y los

recortes se convierten en amigos desleales que nos dejan a solas con nuestra conciencia. Cuando matamos a un paciente estamos solos. Completamente solos.

A veces das media vuelta con el coche para llamar de nuevo al hospital. Quizá, si lo intentas una vez más, le encuentres plaza en la UCI a la paciente A3. A veces te marchas con bolsas de sangre en los bolsillos que has olvidado dejar en urgencias de camino a la salida. A veces aceptas que alguien te lleve a casa después del trabajo, olvidando que has llegado por la mañana en tu propio coche.

A altas horas de la noche aprendes muchas cosas: que si lloras mientras orinas con la cabeza entre las piernas las lágrimas se acumulan en las pestañas, de modo que cuando vuelves a urgencias no tienes surcos en las mejillas, sino estrellas ante los ojos.

También hay muchas cosas buenas. Como el mérito que se te reconoce. Eso siempre está bien. Y los momentos en que el paciente intenta explicarte conceptos médicos, como en la clínica de viajeros, y luego se ruboriza cuando al recoger su folleto informativo ve el «Doctora» que precede a tu apellido. Sí, eso me gusta. Las cartas siempre son agradables. Y tu firma electrónica también, todo eso me encanta. Pero hay muchas cosas desagradables. Como cuando se me traba la lengua y se me hace un nudo en la garganta y me entran ganas de gritar, pero el nudo cada vez más estrecho me lo impide. Yaya mierda. Y tener que volver todos los días. Eso no mola nada.

Le cuento a mamá las cosas terribles que nuestro pueblo soporta a diario y que nunca salen a la luz. Le digo que alguien debería escuchar; escuchar todo lo malo que les ocurre a ellos, a mí, a nosotros. Alguien debería tomar nota.

Mamá dice que tengo que dejar a los pacientes en el hospital. Que tengo que ponerme en su lugar, en sus zapatos, pero sin traerlos a casa. De manera que ahí los dejen, atrapados entre las sábanas sucias con el sándwich

escondido para el día en que vuelva el apetito, entre retretes embadurnados de mierda y un dispensador de jabón que solo funcionó una vez, el día que el ministro vino de visita. Pero no puedo ponerme en sus zapatos. No tienen zapatos, mamá. ¿Cómo puedo ponerme en sus zapatos, si no tienen?

El grupo de estudios bíblicos me aconseja que rece por los pacientes. Me preguntan sus nombres, para enviar un correo electrónico y que todos los fieles recen por ellos. Preguntan, preguntan y preguntan. «¿Cómo se llaman? Rezaremos por ellos a Jesús», insisten. ¿Que cómo se llaman? ¿Son idiotas? ¿Cómo esperan que recuerde los nombres de cientos de personas hacinadas en una sala concebida para alojar a dos docenas? ¿Cómo esperan que distinga individuos entre la masa de brazos agonizantes y cuerpos mutilados cosidos a catres destartalados?

Además, Jesús no lo entendería. Jesús nunca fracasó, nunca se equivocó. Esa es la diferencia fundamental. Tener que vivir con el fracaso siempre nos distinguirá del Hijo de Dios. Vivir con la vergüenza de no ser mejor, de no ser valiente, de no ser genial.

El profesor Siyatula no nos lo advirtió. Cuando le seguíamos en sus magníficas rondas hospitalarias, pendientes de cada palabra que brotaba de sus labios, agarrados al dobladillo de su bata, él —el único especialista negro en una institución de blancos— no nos avisó del sufrimiento, de la impotencia, del miedo, del menosprecio que nos aguardaba. No hubo pistas ni insinuaciones sobre lo malo que sería todo. Éramos médicos, *mos*^[4]. Bien pagados, forrados. ¿Había algo que no pudiésemos manejar?

Hay héroes. Los que andan con paso vigoroso, los que parecen no necesitar dormir, los que deambulan con una sonrisa irritante en la cara. Pero se trata de una minoría. La mayoría son personas desechas y exhaustas con deudas y préstamos universitarios pendientes, que siguen y hacen lo que pueden. Me gustaría pensar que me encuentro en un término medio, pero probablemente

estoy más cerca de los desechos que de los héroes.

Si estuviese en plena forma podría ser genial. A la altura de Charlotte Maxeke, de Hamilton Naki o de William Anderson Soga. Pero no es así. Estoy cansada. Tengo una sala llena de pacientes y ningún antiemético sin efectos secundarios extrapiramidales, por lo que me veo obligada a mascar chicle durante mis seis semanas de profilaxis *post*-exposición y aguantarme. Mi última bata quirúrgica limpia ahora tiene manchas de orina porque el doctor Voel-Vfamba me ha pedido que drene la bolsa de una vía urinaria y la válvula se ha atascado, por lo que tanto yo como mis notas hemos acabado empapadas de fluido corporal. No puedo ser genial, ni queriendo.

«Observa uno, practica uno, enseña uno», dice la máxima médica. ¿Cuánta gente matamos cada mes, cada semana, a diario, en nombre del aprendizaje? «Observa uno, practica uno, enseña uno».

No sé cuántas veces habré oído esas palabras ni cuánto las odio, porque nunca he sido esa clase de médico residente. Tuve que observar un millón antes de poder practicar uno y aun entonces tenía muchos números para equivocarme, y equivocarme con el siguiente y con el que viniese después, de modo que debía aprenderlo todo de nuevo. ¿No ser audaz me convierte en mala doctora? ¿Ser incapaz de entrar brincando en una habitación, coger un par de guantes estériles, abrirlos con los dientes e insertar un catéter en el cuello de la señora Mazibuko? Murió, ¿sabéis? No pude dormir durante días. Nos recuerdo al doctor Voel-Vfamba y a mí subidos a un taburete; él intentaba que la paciente se estuviera quieta mientras yo le introducía la larga aguja en el cuello. Quizá no murió de eso. Aquellos guisantes eran absurdos. Quizá no fuese culpa nuestra. Y el catéter venoso central era el último recurso. Ya hacía tiempo que la paciente se nos iba, pero algo me dice que le dimos el empujón definitivo.

Asesinos, todos nosotros. Asesinos. Por eso tomaba tanto alprazolam. Hay que insensibilizarse. De lo contrario, ¿cómo se sobrevive? Aquella mujer se parecía muchísimo a mi tía, a *rakgadi* Juice. Lo peor es que confiaba en mí.

Fui yo quien la convencí de que firmara el consentimiento. Para el doctor Voel-Vfamba, ella era la cama A3: el paro cardíaco de la cama A3. Mi deber era protegerla de él, de todos ellos, de todos esos buitres, esos estudiantes de tercero desesperados por sumar firmas en su libro de residente, firmas a cualquier precio. Tendría que haberla protegido de los internos que lo único que quieren es vaciar la sala para ponerse a estudiar, de los especialistas con artículos pendientes que escribir. «Un caso infrecuente de cardiopatía inducida por fármacos en una anciana de raza negra». Pero yo no la salvé, yo colaboré, fui cómplice, la convencí y luego la entregué. Y ahora está muerta.

Quiero llorar, pero implica demasiado tiempo, demasiada energía. Quiero huir, escapar, pero ¿adónde?

Escapar requiere planificación, cálculo, organización. Siento como si me ahogase dentro de mí. ¿Es eso posible? ¿Ahogarse en la misma sangre que te corre por las venas? Siento que el aire de los pulmones me asfixia, como si hubiese una pequeña yo dentro de la más grande que luchara para no hundirse. En lo más profundo de mi interior hay algo que necesita ayuda. Algo en apuros. Grita, jadea, agoniza.

La enfermera Agnes está furiosa con nosotros. El procedimiento le parecía innecesario y había dicho varias veces que debíamos dar de alta a la señora Mazibuko para que pudiera volver a casa y pasar sus últimos días en familia. Pero los especialistas insistieron. ¿Qué otra opción nos quedaba? Después oí que la enfermera Agnes le decía a una de las supervisoras que estas cosas eran las que le tentaban a solicitar la jubilación anticipada para dedicarse a sus nietos.

—Esos médicos son niños. Piensan como niños y se comportan como niños. Quizá sepan de libros, pero nada más. Estoy segura de que algunas de las doctoras ni han empezado a menstruar.

Culpo al cesto. No soy yo. El cesto ya estaba podrido antes de que yo entrase.

Soy una buena manzana, de veras. Fue el cesto el que me pudrió, me pudrió hasta el corazón.

¿Quién dijo que tenía que gustarnos eso de cuidar a los enfermos? Es decir, debemos cuidar de ellos, es lo moralmente correcto, pero ¿estamos obligados a que nos guste? ¿Nos convierte en malas personas decir que lo detestamos? ¿Qué odiamos cada minuto? ¿Qué cumplimos pero a disgusto?

A veces quiero sentir algo. Estoy practicando una reanimación y soy consciente de que debería conmoverme, pero ya no sé cómo conseguirlo. Algo de mi interior está bloqueado, atascado. Noto una opresión en el pecho e intento respirar para librarme de ella, pero es imposible. Por eso cuando los pacientes mueren me siento aliviada. Me digo que es lo mejor que les podía ocurrir. Sufren, sienten dolor. Intento justificarlo. Estoy cansada, Señor. Cansada de verlos a diario, de enfrentarme a sus caras. Cansada de que me recuerden lo poco que puedo hacer. Cansada de que las vías se desprendan continuamente. Cansada de verlos comer sus excrementos y beberse su orina. Cansada de verlos enloquecer. Cansada de que sus familias se presenten a diario en busca de respuestas que no puedo darles. Cansada de trabajar con personas impasibles, muertas como yo. Ni siquiera me acuerdo de por qué me metí en esto, cómo fui tan insensata para pensar en ser doctora, para creer que seis años en la facultad de Medicina me llevarían a la felicidad. Lo único que me han traído es dolor y confusión.

No sé cómo imaginaba que sería eso de «hacer el bien», pero no esperaba algo así. No hay ninguna magia ni iluminación divina. Es tan difícil como hacer el mal. Estoy igual de cansada, igual de asustada, igual de desilusionada, igual de desecha. Pensé que hacer la obra de Dios me traería alguna suerte de unción, de comunión con el Espíritu Santo, cierta paz. Pero no es así.

Cuando Jesús dijo a sus apóstoles que sabía que uno de ellos iba a traicionarle, ¿esperaba que el apóstol en cuestión, al comprender que su maestro estaba al corriente, revisara su decisión y se arrepintiese? Y, de no ser así, si Jesús sabía que todo era inevitable, ¿qué injusto fue que Judas no tuviese salida, que estuviese predestinado a pasar a la historia como el traidor del Hijo de Dios!

¿Por qué está este sitio tan abandonado? ¿Por qué has permitido que se degrade de este modo? ¿Por qué no has hecho nada al respecto? No quiero formar parte de él. Aborrezco este lugar. No puedo ser feliz, no puedes pedirme que sea feliz aquí. Solo un loco encontraría algo de felicidad en semejante lugar. Solo soy un ser humano, no soy Dios. No soy Jesucristo. No soy Tú. ¿Por qué me exiges tanto?

«No entiendo qué me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco».

Romanos 7:15

Paradójicamente, lamenté que la hemorragia aminorase. Había sido la espina en mi carne, mi carga intransferible y lamentable. No podía ir a ningún lado sin un paquete de compresas y una caja de tampones, se habían convertido en mis camaradas de confianza, en mis leales amigos de la infancia. Así, cuando cesó aquel sangrado brutal, me descubrí sin motivos para no ponerme un vestido blanco y salir al mundo. No tenía excusas para no correr, para no bailar, para no volar. Pero tenía miedo. ¿Y si las alas de la compresa se despegaban y me resbalaba por la pierna? ¿Y si, mientras me divertía, olvidaba toda precaución y bajaba la guardia?

Estar con Nyasha me dio valor. ¡Era tan valiente, tan divertida, tan resuelta! A su lado nada parecía imposible. Su útero estaba seco porque se había insertado un Mirena en cuanto empezó a trabajar. Me dijo que no quería que esas bobadas la molestasen.

A mamá, claro, no le gustaba Nyasha.

—Estas *kwere-kweres* usarán su magia negra para robarte toda tu inteligencia y todo tu futuro, Masechaba^[5]. Te quedarás sin aquello por lo que tanto has luchado y te dejarán esa misma nada con la que ellos vinieron a este país.

Decidí irme de casa.

Nyasha y yo alquilamos un piso cerca del hospital. A menudo íbamos juntas a trabajar, si ninguna de las dos tenía guardia.

Lo de mudarme era algo que ya tenía pensado, pero hasta entonces no había encontrado a nadie con quien me sintiera cómoda para compartir alojamiento. No se puede vivir eternamente bajo el techo materno, y tampoco me había ido demasiado lejos. Las personas necesitan su propio espacio. Probablemente Tshiamo me criticaría por dejar sola a mamá en esa casa tan

grande, pero ¿qué derecho tiene él a criticarme? Los que no respetan la vida no tienen derecho a decirles a los demás cómo vivir la suya.

Conocí a Nyasha en un accidente de tráfico leve. La había visto antes trabajando en el hospital. Me había llamado la atención por sus preciosas rastas de color azabache y su abrumadora seguridad. Era doctora del Departamento de Ginecología y Obstetricia, y esperaba plaza para especializarse. En el hospital todos sabían que, de no ser por su nacionalidad extranjera, ya habría obtenido el título de obstetra-ginecóloga, pues era una cirujana excelente.

La observé una noche en que bromeaba con una madre que estaba a punto de perder a un bebé completamente sano. El cordón umbilical del neonato se había deslizado fuera de la vagina durante el parto y Nyasha se pasó cuatro horas aplicando un paño húmedo en la cavidad ensangrentada para mantener el cordón húmedo hasta que quedase libre un quirófano y llegase el especialista. Entretanto estuvo todo el tiempo riendo, con un Red Bull en una mano y la vida del bebé en la otra. Entonces supe que la quería como amiga y que haría todo lo posible para que pasara a formar parte de mi vida.

Intenté entablar conversación con ella en las noches que compartíamos guardia. Se mostró educada, pero siempre estaba ocupadísima. Ocupada salvando vidas, mientras nosotros los residentes íbamos perdidos. Hasta que una mañana, de camino al trabajo, vi su coche delante del mío, y pensé que no se me presentaría otra oportunidad. Me puse a su lado, luego la adelanté, y finalmente volví a permitir que me pasara. En el hospital nunca teníamos tiempo para hablar. No había excusas para mantener conversaciones prolongadas que pudiesen dar pie a una amistad, ni un entorno apropiado para conocer más a fondo a aquella hermosa mujer de penetrantes ojos castaños. De modo que cuando la luz cambió de verde a ámbar y luego a rojo, pisé el acelerador y la embestí.

Tshiamo se habría quedado horrorizado.

—¡Hasta qué extremos puedes llegar, Masechaba!

Pero no hubo que lamentar daños. Sabía que Nyasha no saldría herida. Yo nunca haría nada que pudiese lastimarla. No como Tshiamo, a quien no le

importaba hacernos daño.

Ese alocado sabía muy bien que de nada servía dejar una nota, pues yo no la hubiese leído. La habría roto en mil pedacitos antes de quemarla. Tshiamo es un maniático; todos lo pasamos mal, pero ¿quién demonios se cree que es?

Nyasha apenas habla de Zimbabue. Yo tampoco le pregunto demasiado, por no ofenderla ni dejar en evidencia mi ignorancia. Lo único que sé es que su madre es enfermera en Bristol. Desconozco si hay un padre y nunca la he oído mentar a sus hermanos, aunque sí me ha mencionado que un primo suyo estudia otorrinolaringología en Estados Unidos.

Me siento mal por cómo los trata mi país. Deberíamos saber comportarnos, después del *apartheid* y demás. Nyasha tiene la piel bastante clara y la verdad es que parece sudafricana; no se nota que es extranjera hasta que le hablas.

Aunque a veces me mosquea. Habla como una autoridad sobre lo que nosotros los sudafricanos deberíamos hacer, como si fuese una experta. El otro día llegó a casa enojada por un paciente blanco que acababa de ingresar y que le había pedido si alguna chica podía llevarle la maleta a la habitación. Nyasha estaba indignada por la forma en que aquel blanco había usado la palabra «chica» y empezó a pontificar sobre lo arrogantes que son los sudafricanos. Le respondí que ella debería estar por encima de esas situaciones. A fin de cuentas era doctora, y él un paciente dolorido que no sabía lo que decía.

Me llamó idiota. Me dijo que por esa razón nosotros, los sudafricanos, seguiremos viviendo en un espejismo de libertad, sin darnos cuenta de que continuamos cautivos de la supremacía blanca.

Le dije que tenía que entregarte su ira, Señor. Le dije que yo nunca había tenido una experiencia laboral racista y que en realidad, cuando la acabas conociendo, la gente es muy agradable. Todas las personas son agradables, cuando las conoces.

Me dirigió una de sus miradas.

No permitiré que me saque de mis casillas. Siempre busca dramas donde no los hay. A veces me gustaría decirle que vuelva a su país y solucione sus

propios problemas en lugar de meterse en los nuestros. Pero nunca se lo diré, me parece de muy mal gusto. Yo he tenido la suerte de nacer en Sudáfrica, no es culpa de Nyasha que no la hayan bendecido de igual manera. Los que tienen deben dar a los que necesitan.

Últimamente parece que Nyasha y yo nos pasamos el día peleando. Quizá sea yo, que estoy siempre cansada e irritable. No recuerdo la última vez que disfrutamos de un buen fin de semana. ¿Fue aquella vez que nos llevamos a casa el champán sobrante de la fiesta navideña del departamento? Nos pasamos toda la noche viendo películas, riendo y devorando sarnosas de queso, patatas fritas con salsa picante y gambas. Me extraña que no acabásemos vomitando. ¡Estábamos tan contentas! Nos parecía increíble que ninguna de las dos tuviese guardia aquel fin de semana, ¡todo el fin de semana, nada menos! Nyasha dijo que le parecía una de esas fiestas de pijamas que nunca había vivido. Cuando se trasladó a Sudáfrica siendo adolescente, su madre le prohibió que durmiese en casa de otras amigas por miedo a los abusos sexuales. No se fiaba de nadie en este país de locos. Yo me reí y la llamé xenófoba. Ella también se rio, y dijo que los sudafricanos se creían dueños exclusivos de la xenofobia. Fue un día feliz. Un fin de semana feliz.

Como yo tampoco había dormido nunca en casa de una amiga, aquel fin de semana también fue muy importante para mí, aunque no lo dije. En mi cama siempre había unas inmensas toallas de color granate. Toallas ásperas, no de las nuevas y suaves, porque eso sería un despilfarro. Toallas ásperas y oscuras que pudiesen guardar un secreto.

En la guardia de anoche, a eso de la una y media de la madrugada, trajeron a una mujer blanca. Estaba en casa con su novio cuando cuatro hombres asaltaron el piso, la violaron, le dispararon en la cabeza y saquearon su vivienda. No escuché toda la historia porque el médico de guardia se puso histérico y nos hizo correr de aquí para allá. Me dijeron que le tomase una muestra de sangre femoral y me la llevase al banco de sangre. Cuando volví, el equipo quirúrgico estaba preparándose para operar. La mujer se encontraba

totalmente consciente y hablaba pese al disparo en la cabeza, lo que me pareció extraño. De camino al banco de sangre, oí que uno de los auxiliares le contaba a una enfermera que la policía había encontrado todas las paredes ensangrentadas y que el novio de la paciente había muerto en la escena del crimen, pero que todavía no se lo habían comunicado.

Después de llevar la sangre al quirófano, volví a acostarme y me imaginé aquellas paredes.

Esta mañana, al regresar a casa, le he contado lo ocurrido a Nyasha. Los médicos residentes blancos decían que por ese motivo se examinaban del PLAB británico y del MLE americano, para salir del país.

—Que se vayan —me ha respondido Nyasha—. Para ellos, nuestro pueblo es un instrumento para perfeccionar sus conocimientos médicos, que luego aplicarán a los pacientes blancos en el sector privado. Que se larguen.

Ya conoces *mos* a Nyasha, Señor.

¿A veces tienes la sensación de que yo soy esto y los demás son lo otro? ¿Que yo soy yo, y tú eres tú, y que no somos lo mismo? ¿Que yo estoy aquí y tú estás allí? ¿Que esta es mi vida y esa es la tuya? ¿Que estas son mis ideas y que las tuyas son otras, distintas de las mías?

Le pregunté a Nyasha si a veces le daba miedo ser doctora. ¿Le costaba respirar en ocasiones? ¿Como si tuviese una enorme piedra invisible en el pecho?

No tendría que haberme molestado, porque en lugar de la respuesta comprensiva que esperaba, me cayó una bronca.

—¡No digas bobadas, Chaba! Tu problema es que pasas demasiado tiempo con esos internos blancos y te están contagiando sus ideas. ¿No puedes respirar? ¿Por qué no puedes respirar? ¿Tienes tuberculosis? ¿Tienes neumonía neumoquística? ¿No? ¿Entonces por qué demonios no puedes respirar?

Mañana me levantaré temprano y llegaré puntual al hospital. Estaré en el laboratorio a primera hora de la mañana y me aseguraré de tener los resultados de todos los pacientes antes de la ronda de visitas. Les tomaré personalmente la temperatura si las enfermeras todavía no lo han hecho. Evitaré que les den el alta antes de que estén repuestos. Les preguntaré cómo se encuentran en lugar de inventármelo.

Seguramente no cambiará nada. Seguramente a la hora del almuerzo volveré a encontrarme en este mismo vacío. No, a las ocho y media. Pero lo intentaré de todos modos. Me levantaré temprano y haré una lista de lo que tengo que hacer. Buscaré información sobre las dolencias de todos los pacientes para así poder ayudarles. Quizá encuentre algo inteligente en esas publicaciones científicas, quizá encuentre la forma de salvar algunas vidas. Seré diferente. Me quedaré más tiempo por la tarde y ofreceré ayuda a los otros médicos cuando yo haya terminado mi turno. Y me acordaré de rezar.

Excelentes noticias, Señor. Gracias a Nyasha me he enterado del rumor de que las enfermeras harán huelga. Eso significa que no habrá intervenciones optativas por falta de enfermeras quirúrgicas y, por tanto, libraré los jueves por la tarde ¡Tiene que ser un milagro! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

«Dios mío, dios mío, ¿por qué me has abandonado?». He pedido ayuda desesperadamente, pero sigo sin recibirla. Te llamo durante el día, mi Dios, pero no respondes; te llamo de noche, pero no hallo reposo. Pero tú eres Santo, tú eres rey, ¡tú eres la alabanza de Israel! En ti confiaron nuestros padres; confiaron, y tú los salvaste. Te invocaron y escaparon del peligro; se encomendaron a ti y no los defraudaste.

Más yo no soy ya un ser humano; ¡soy un gusano, y todos se burlan y me desprecian! Cuantos me ven se ríen de mí, hacen muecas, sacuden la cabeza y dicen: «Tú confiaste en el Señor, ¿por qué no te salva? Si el Señor te aprecia, ¿por qué no te ayuda?».

Salmos 22:1-8

Esta mañana he certificado la muerte de dos pacientes. No he sentido nada. Me he obligado hacer una pausa, a detenerme, a asimilar, pero ha sido en vano. Hasta me he santiguado, pero nada se ha conmovido en mi interior.

Quizá se deba simplemente a que estoy premenstrual.

El mes que viene empiezo mi rotación de obstetricia y ginecología con una guardia. Me aterra pensar en las horas que pasaré sacando bebés muertos de la vagina de niñas desdichadas. Detesto al personal de obstetricia y ginecología. Detesto el ambiente, detesto los olores. Las enfermeras son miserables y crueles, sobre todo con las pacientes extranjeras. Las llaman «basura». Les gritan porque se presentan en plena noche sin su historial antenatal. Les preguntan por qué llenan nuestros hospitales. Les miran las costras de las piernas y con una mueca de asco, dicen: «¿Yes esta? Saltó la frontera ayer mismo».

Arrugan la nariz cuando las examinan. Se burlan de sus nombres. Les hablan en sesotho, en isixhosa, en isizulú, aunque saben que no las entienden.

Y luego estoy yo, ahí plantada, con una sonrisa abochornada. «No os preocupéis, solo bromean» les digo para reconfortarlas cuando me quedo a solas con ellas en la sala de reconocimiento. Veo en sus ojos que saben que miento, y guardo silencio.

Las enfermeras de obstetricia y ginecología me dan miedo. Si las reprendo, me harán la vida imposible durante toda la rotación. Y puede que después también. De modo que en lugar decirles que lo que hacen está mal y que probablemente es ilegal. Me mantengo callada.

Soy una cobarde. Si esto fuese el *apartheid*, yo sería uno de esos blancos

que se limitó a guardar silencio mientras veía lo que ocurría.

Le hablo a mamá de la bandeja que todavía conserva la inscripción *Slegs Blankes* y que las enfermeras guardan para las pacientes extranjeras^[6]. Le digo que me parece muy triste que nos hayamos convertido en aquello contra lo que luchamos durante tanto tiempo, y que tanto nos costó destruir. Mamá no culpa a las enfermeras. Ha visto películas en el cine y sabe que los extranjeros esconden su magia en todas partes.

¿Qué hay en nuestro interior que nos hace tan malvados? ¿Y cómo podemos mejorar? ¿Por qué somos capaces de tanto daño y de tanta maldad? ¿Cómo cambiar? ¿Y cómo conseguimos que perdure el cambio?

Nyasha dice que todas las internas del nuevo grupo de médicos llevan extensiones. Doce chicas negras como la noche con fregonas de plástico en la cabeza. Está enojada.

—Son unas tontas. Listas para los libros, pero tontas para todo lo demás. Pueden decirte qué nervio inerva el músculo estapedio, pero no ven la estupidez de ponerse montañas de autodesprecio en la cabeza.

Quiere que me involucre.

—¿Por qué no se lo dices, Chaba? Son tus hermanas, tus hermanas sudafricanas. Si les hablas, quizá entren en razón.

Como no respondo, ella continúa:

—Sabemos que nos odiamos por ser negros. Eso lo sabemos. Pero ahora también se lo mostramos a los blancos. Ahora dejamos en evidencia la lacra del odio que sentimos hacia nuestra propia raza. Les estamos probando que somos, en efecto, un pueblo necio que se desprecia. Somos dignos de compasión. ¿Cuánto valen las extensiones para el pelo? Esas chicas solo llevan unos pocos meses trabajando y ya están enriqueciendo a las industrias que pretenden oprimirnos, en lugar de construir nuestras comunidades.

Sigue con su diatriba y no parece molestarle mi evidente desinterés.

—Yo conservaré mis trenzas aunque me pesen un montón, aunque me canse de ellas, porque una de nosotras, *algunas* de nosotras debemos mostrar orgullo. No podemos ir todas por ahí como si estuviéramos locas. Si llegasen extraterrestres de Marte, ¿qué pensarían de nosotras, Chaba?

Nyasha quiere pelear, pelear, pelear. Odia a los blancos y les culpa de todo. Puede que tenga razón, puede que todo sea culpa suya. Pero es lo que hay. Lo pasado, pasado está. No podemos retroceder ni mucho menos cambiar lo que somos vengándonos del pasado. Ella dice que los sudafricanos somos demasiados amables, demasiado serviciales, demasiado blandos. *Débiles* y *patéticos* son los términos que usa para describirnos.

—Debemos dejar de inclinarnos, de doblar la espalda para que ellos se sientan cómodos, bienvenidos, seguros. Si pones a un hombre blanco al mando, solo servirá a sus propios intereses.

Quizá tengas razón, Nyasha, pero quizá no. Y quizá, Nyasha, debemos recordarnos que este es un mundo maldito. Hay guerras que nunca ganaremos y, tal vez, lo esencial no sea triunfar en los fugaces reinos de esta vida, sino conquistar la batalla por la eternidad.

Por supuesto, ella se burla cuando le digo cosas así.

—¿Por qué tu Dios nos lo pone tan difícil para que lo queramos, Chaba? ¿Por qué juega con nosotros? ¿Crea este mundo y nos trae aquí solo para hacernos sufrir? ¿Por qué se esconde? ¿Es un cobarde? ¿Por qué no da la cara y se enfrenta a la que ha armado, por qué no viene a ver cómo le van las cosas a su creación?

No se me da bien discutir. Me agobio y me quedo sin palabras, así que no respondo.

Mamá insiste en que mi amistad con Nyasha solo me traerá problemas. Insiste en que los extranjeros son taimados y que Nyasha finge ser mi amiga para robarme todos mis conocimientos y suplantarme. Eso es lo que pretenden los extranjeros, me dice. Vienen a nuestro país para quitarnos todo aquello por lo que tanto hemos luchado.

Ya he desistido de razonar con mamá. Cuando voy a casa los fines de semana me obliga a desvestirme en la puerta; no quiere que entre con los

conjuros y la magia negra de Nyasha. Es su forma de vengarse por haberla abandonado y haberme ido a vivir con ella.

¡Si supieran cuánto se parecen, cuánto tienen en común! Las dos desean que odie a los blancos, pero yo me niego. Tampoco quiero odiar a los extranjeros. No quiero odiar a nadie. Es agotador, y ya me canso suficiente en el trabajo. De momento es mucho más de lo que puedo asumir.

Pero las dos me lo recuerdan constantemente. Repiten sin cesar sus viejas historias sobre engaños, conspiraciones, saqueos, y luego pasan a contarme las nuevas. No quiero decepcionarlas ni que crean que acabaré tirando la toalla, por lo que me limito a asentir esperando que se callen. Pero la toalla es demasiado pesada. Me duelen los brazos, y con ella en las manos no puedo hacer nada más.

Esa es la razón de que no le cuente a Nyasha lo que pasó con François en la fiesta de Navidad. Cuando nos cruzamos en el aparcamiento de los médicos y él me sonríe, Nyasha se molesta y empieza a sermonear:

—Los hombres blancos se creen que les basta con sonreír a una mujer negra para que les complazcamos. Creen que debemos sentirnos halagadas únicamente porque se dignan a mirarnos. No solo halagadas, sino honradas. Me pone enferma. Hasta esos obesos mórbidos que nunca se atreverían a acercarse a una mujer de su raza creen que nos bajaremos las bragas con solo verles la piel.

Me hago la sorda, murmuro que debo tomar muestras de sangre antes de la ronda de visitas y me escabullo a toda prisa.

En el trabajo Nyasha es un lobo solitario. Nunca la veo en la cafetería de los médicos, siempre come a la carrera. Es educada con el personal, pero pasa de charlas triviales. Ni siquiera me molesto en preguntarle si quiere que almorcemos juntas, porque sé que me pondrá una excusa. Hace poco he sabido que tiene otros amigos: se reúne semanalmente con un grupo de escritura, donde lee sus poemas. Me he enterado de la existencia del grupo no porque ella se haya molestado en contármelo, sino que lo he deducido por las notas

que tiene pegadas a la pared, el maquillaje de los miércoles por la mañana y el recordatorio del frigorífico. No me importa que nunca me haya invitado; tampoco me apetecería ir. ¿Quién sigue reuniéndose para leer poemas? ¡Es tan de los noventa! Quizá sea algo típico de Zimbabue, ¿quién sabe?

No hay nada peor que despertar de un sueño bonito; es imposible volver a él. Estaba soñando que iba en quad con François, bien acurrucada entre sus piernas mientras él conducía por unas colinas embarradas. Yo llevaba un biquini blanco y no me preocupaba por la sangre que pudiese manar de entre mis piernas y estropearlo todo. Pero el teléfono ha sonado dos veces, luego una tercera, luego sin parar, y he tenido que responder. En cuanto he oído la voz de mamá quejándose de que la tía Petunia no la había invitado al *magadi* de Sepati^[7], he pensado que ojalá no hubiese contestado, que mi sueño estaba irremediablemente perdido y que tendría que escucharla al menos otros diez minutos antes de poder inventarme una excusa para colgar.

Odio las mañanas porque es allí donde aguarda la tristeza. Desde la alarma del despertador hasta pelearme con el cabello para llegar tarde igualmente, por mucho que intente prepararlo todo con antelación. Mi coche es un ataúd que me conduce diariamente a la muerte. Me pregunto una y otra vez si sencillamente no sería más fácil largarse, empezar de cero, volver al principio, pero entonces mis voces interiores empiezan a gritar.

«¿Qué harás si lo dejas?».

«No sabes hacer nada más».

«¿Desperdiciarás seis años de tu vida?».

Intento decirles que tampoco sé hacer esto, que es mejor perder seis años de mi vida que las vidas que no puedo salvar. Pero no quieren escucharme.

Cuando miro de reojo, a veces veo cosas curiosas: La cesta roja del suelo es un hombre agazapado, que se oculta tras una capucha para pasar desapercibido. Un tenedor se yergue entre los platos, pero cuando me vuelvo

rápidamente para atraparlo lo descubro inmóvil, frío e inerte. Ignoro estas grietas de mi psique como el fumador ignora la ocasional mancha de sangre en su esputo. No me atrevo a preguntarme lo evidente: ¿Me estoy volviendo loca?

Si perdiese el juicio, ¿qué sería de mí? ¿Me convertiría en otra vieja gloria del pabellón psiquiátrico que, aturdida y drogada, observa a los estudiantes de medicina fisgando en su historial?

Me siento como a bordo de un autobús que avanza a doscientos kilómetros por hora. Desconozco adónde nos dirigimos, pero presiento que no me gustará nuestro destino. Los pasajeros no son mis amigos. El conductor no me oye suplicarle que se detenga. Lo cierto es que nadie me escucha, y no sé si solo suplico mentalmente. No puedo levantarme, debo quedarme sentada con el cinturón de seguridad abrochado. Si me levanto sin el cinturón incurriré en un delito, dice el conductor. Miro los adhesivos de las ventanillas. «Salida de emergencia, rompa el cristal». Martillo de emergencia debajo del portaequipajes, rompa el cristal. Hay pegatinas por todas partes. ¿Las habrán puesto para mí? Quizá alguien pretende ayudarme. Quizá alguien esté al corriente. Pero ¿qué es el portaequipajes, cómo puedo acceder a su parte inferior? Y una vez me haya agenciado el martillo, ¿cuánto tiempo me quedará para romper el cristal y escapar antes de que se me acuse del delito de desabrocharme el cinturón?

Puede que esté deprimida. No lo sé. En cualquier caso, no tomaré fluoxetina. Lo último que me faltaba es engordar, eso me deprimiría todavía más.

Ya no sé quién soy. Ya no sé qué me define. Me considero una fracasada. No soy una santa ni tampoco la madre Teresa, ni Florence Nightingale, ni Albertina Sisulu. No soy como ellas, no puedo ser como ellas. No sé levantarme todos los días para que un paciente me tosa tuberculosis multirresistente a la cara y no me importe. Me importa. Quiero ser una heroína, pero no lo llevo dentro. Ni soy así, ni sé cómo serlo. ¡Ojalá lo supiera! Ojalá pudiera sostener su mierda en mis manos y quererlos. Pero no puedo.

Los odio.

¿Por qué soy tan mala? ¿Por qué me hiciste así, Señor? Quiero ser diferente — mejor, más amable—, pero no sé cómo.

¿Jesús? ¿Me ves?

Ojalá no te escondieras de mí.

Esta mañana, de camino al trabajo, le he preguntado a Nyasha si alguna vez le ha deseado la muerte a alguien. Sí, me ha respondido: ha deseado a menudo la muerte de muchos políticos, de todos esos viejos políticos que están destrozando nuestro continente. No comprende por qué son tan longevos, pues sospecha que no llevan una vida saludable. No cree que se tomen la medicación para la diabetes y la hipertensión. Espera que se mueran muy pronto. Calcula que en 2025 ya habrán muerto casi todos, y que entonces podremos tomar las riendas del continente y corregir todos sus errores. Arreglar el desastre. Situar a África en el lugar que le corresponde dentro de la escena mundial. Luego Nyasha se desvía del tema y empieza a perorar sobre la importancia de que los jóvenes se preparen para el futuro, que dejen de perder el tiempo con Twitter y Facebook y arrimen el hombro para reconstruir el continente. Cita a algún famoso que dijo que sería una vergüenza no estar preparados cuando llegue el momento de actuar.

Ya conoces *mos* a Nyasha, Señor.

Le he preguntado si alguna vez le había deseado la muerte a algún paciente.

Me ha mirado de un modo extraño, antes de responder que no. No ha abierto la boca durante el resto del trayecto.

Sé que de ningún modo un ser humano, un buen ser humano, puede pensar así, Señor. Nunca diría estas cosas en voz alta y juro que ya no escribiré nada más

al respecto, pero ¿conoces a Noluthando, la señora con cáncer cervical en estadio 4 que está postrada en la cama con el cuerpo lleno de fistulas? Pues bien, ¿no sería mejor que te la llevaras, Señor? ¿No sería mejor que muriese? Tengo que ponerle la vía a diario, Señor. Está tan confundida que se la arranca. No come, apenas habla y no encontramos a su familia. ¿Qué sentido tiene? ¿No le estamos causando un dolor y un sufrimiento innecesarios? Y Betty... Sinceramente, me sorprende que siga con vida. Y el pequeño de la sala 16, Njongo. Su madre tiene síndrome de malnutrición e inflamación, y está tan débil que ni puede levantar la cabeza. Te podría anotar una lista con todos los nombres.

Debería arrancar esta página. ¿Qué pensará la gente de mí si lee esto? Pero es la verdad. A veces deseo que algunos se mueran, sería lo mejor para ellos y para mí. Estoy tan al límite, Señor, que con unos pacientes menos podría hacer más por los que tienen alguna posibilidad.

No puedo ser el peor médico de la historia, ¿verdad? ¿Y esos otros que mintieron sobre la muerte de Steve Biko? ¿Y ese cardiólogo del *apartheid* que envenenaba a la población negra? Yo no soy como ellos. Ellos eran malvados. Yo no me equivoco a propósito, simplemente estoy cansada.

¿Por qué no siento nada? Debería, ¿verdad? Lo único que siento es culpabilidad por mi falta de implicación y miedo a que me descubran. Me aburren, Señor. Tu pueblo me aburre. Sé que está mal decirlo, pero es la verdad. Su dolor, su sufrimiento, su desesperación, todo me aburre. Son un recordatorio constante de que los problemas son inmensos, múltiples, profundos, y que nada puedo hacer para solucionarlos. No merezco llamarme cristiana porque no me comporto como tal. Me miento sin cesar, me digo que soy capaz de hacer el bien, pero no es cierto. No puedo cambiar nada. Es inútil. Se mueren, haga lo que haga.

Una vez me hablaron de ese gas que surge de las profundidades de la tierra.

Alguien prendió un fuego allá donde se acumula y desde entonces no ha dejado de arder. Quema eternamente, como los pozos del infierno, y consume todo lo que le rodea.

Así me siento yo, como si un voraz incendio me quemase por dentro. Acercarme es demasiado peligroso, pero no sé extinguirlo desde fuera. Es un infierno interior. Me consume.

O puede que esté premenstrual.

No encuentro la paz. Ni en mi cabeza, ni en mi corazón, ni en el alma, ni en ninguna parte.

Me gustaba rezar el padrenuestro. Es el único fragmento de la Biblia que me sé de memoria, y de niña lo repetía sin cesar cuando estaba asustada. A veces confundía las palabras, las decía en otro orden, pero eso daba lo mismo. No creía que te importase, Señor, con tal de que rezara. Y funcionaba; funcionaba siempre. Algunas veces tardaba más que otras, pero siempre me hacía sentir mejor. Ahora nada funciona.

Quiero desesperadamente ser diferente, Señor. Quiero entrar en las salas del hospital, ver los mares de lágrimas y conmoverme. No quiero ser egoísta, irritable e impaciente. No quiero ser un obstáculo en tu camino, Señor, pero tú me has hecho así.

El viernes pasado todo el personal libró para poder ir a votar en las elecciones municipales; solo trabajaron los médicos de guardia. Pero no pude convencer a mi cuerpo de que saliese de la cama. Como no sabía si estaba censada ni tampoco a quién votar, me quedé en casa. El lunes por la mañana Nyasha me miró con indignación al ver que utilizaba el rotulador negro de los anestésicos para ponerme un falso punto de voto en el pulgar derecho. Me llamó patética y me sermoneó sobre todo lo que se había perdido para que yo

ganara mi derecho a votar. Me dijo que mis antepasados me enviarían desgracias porque no valoraba mi libertad. Me dijo que lo que había hecho era vergonzoso.

Le pregunté cómo se sentirían sus antepasados al ver que había huido de su propio país para venirse aquí a dar la lata. No respondió, y noté que la había ofendido. Pues muy bien. Si ella puede soltar barbaridades, también tendría que poder tragárselas.

Tengo hambre, pero comida es lo último que me apetece.

Tiene que haber algo más.

«Señor, dame de esa agua para que se sacie mi sed y no tenga que seguir viniendo aquí a sacarla».

Juan 4:15

Coca-Cola, KFC, Red Bull, esas comidas para microondas que ocupan tanto sitio en el frigorífico, agua vitaminada, agua de coco, agua de cayena, agua bendita. Alprazolam, vodka, cualquier cosa que embote los sentidos. Pastillas adelgazantes para tener energía. Ritalin para mantenerse despierta de noche. La pastilla del día después. Mirena para las más decididas. Profilaxis *post*-exposición al menos cuatro veces al año. Tratamiento para la tuberculosis para unos pocos desafortunados. Vacuna de la gripe. Dosis de recuerdo de la hepatitis B. Cefalosporinas de tercera generación al primer estornudo. Sarna, obsequio del pabellón psiquiátrico. Eccema, inhaladores para el asma, yoga, tofu, desintoxicación durante las vacaciones, comer verde durante quince días. Dubai o Tailandia para compensar. Luego de vuelta al tajo para iniciar otro asalto.

Esta mañana he tenido que marcharme del quirófano porque el dolor menstrual era tan intenso que por poco me desmayo y contaminao el entorno quirúrgico. Ha sido muy extraño. Aunque después de la ablación endometrial mis períodos se han reducido a un leve sangrado, los dolores menstruales han continuado como un reloj, quizá como recordatorio de que la bestia no ha muerto, sino que solo está dormida. El doctor Sage me ha dicho que me quitase el uniforme quirúrgico y me tumbara en la sala de los anestesiistas hasta que llegase el siguiente paciente. Desde allí he enviado un mensaje a Nyasha para pedirle que me trajera ibuprofeno de urgencias. La enfermera Dlamini estaba sentada en el otro extremo de la sala, observándonos mientras Nyasha se sacaba dos pastillas del bolsillo y me ofrecía su botella de agua. He visto que la enfermera iba a hablar, pero lo que no imaginaba eran las palabras

que han salido de su boca:

—¡Sies, doctora^[8]! «*¡O na le sebeta ne? Batho ba ga se batho*». Puede enfermar si bebe de sus botellas.

Me ha parecido increíble que soltara algo así delante de Nyasha.

—Es una tonta —le he murmurado a mi amiga mientras recogía sus cosas para volver a urgencias.

—Es solo el momento en que se encuentra Sudáfrica —me ha respondido, con un gesto de indiferencia—. Dolores de crecimiento.

—Como el dolor menstrual —he comentado, intentando bromear.

Nyasha ha sonreído débilmente.

—Sí. Como el dolor menstrual.

No le cuento a Nyasha que esta noche, mientras cenábamos fuera, he visto salir un gato de debajo de la mesa, ni tampoco que había hombres portugueses en la ventana. Puedo contarle muchas cosas, pero no estas. Seguro que me abandonaría si creyera que estoy enloqueciendo, no puedo arriesgarme. Se quedaría en el piso, pero ausente, observándome, analizando mis palabras. Hay cosas que nunca se dicen. Se escriben en el diario, pero no se las cuentas a nadie.

Hoy se me ha acercado la tía de Kgomotso. La había visto en la sala del hospital, pendiente de nuestras idas y venidas, pero nunca me había dirigido la palabra. A veces la sorprendía observándome, pero si nuestras miradas se cruzaban apartaba la vista con timidez. De modo que cuando ha venido a preguntarme si Kgomotso iba a morir, me ha pillado desprevenida. Ha señalado la vía intravenosa que administraba sangre a su sobrina, luego su propio vientre, me ha dicho que esperaba un bebé y se ha echado a llorar. Le he hablado de ti, Señor, le he dicho que la vía no era nada preocupante, que se la extraeríamos en cuanto pudiésemos, y le he preguntado de cuántos meses estaba. Pero ella ha insistido. Me ha dicho que estaba sola y sin trabajo en Johannesburgo, y que no tenía dinero para trasladar un cadáver al Cabo Oriental.

No he sabido qué responder, Señor, porque Kgomotso morirá. Tú lo sabes, yo lo sé y la tía de Kgomotso también lo sabe.

Por lo que he acudido a la enfermera Lebea, que ha ido a buscar unos taburetes para que nos sentásemos. A mí no se me había ocurrido. Han hablado mesuradamente. La enfermera Lebea le ha explicado que probablemente Kgomotso moriría si la metía en un autobús, pero que conocía a un conductor muy bueno que se dedicaba a este tipo de trabajos y tenía una furgoneta. También que las enfermeras habían recaudado dinero de una rifa; no era mucho, pero le cederían una parte y bastaría. A Kgomotso —que había escuchado en silencio, desde la cama, aquella franca conversación— la enfermera le ha dicho en tono jocosos que se diese un baño, que estaba volviéndose perezosa después de desperdiciar tantos días en esa cama de hospital. ¿Acaso no sabía que la mujer debe levantarse antes del amanecer? Kgomotso ha esbozado una débil sonrisa. Se me han humedecido los ojos, pero no me he atrevido a llorar y me he limitado a estrecharle el brazo a la enfermera, las dos apretujadas en el taburete, fingiendo que la sujetaba para no caerme. Nos hemos levantado al mismo tiempo. Me ha enviado a buscar el formulario de rechazo de tratamiento para que lo firmara.

Después le he dado el bolígrafo a Kgomotso.

—Nada de bolígrafos, doctora, sino tinta para el pulgar —me ha reprendido rápidamente la enfermera.

He hecho lo que me indicaba, antes de darle las gracias.

—Sí, doctora —ha sido su respuesta mientras sacaba una bolsa de té de su neverita portátil y se sentaba para tomarse una taza.

Kgomotso murió esa misma tarde, antes de que su tía regresara con el conductor de la furgoneta, antes de que la enfermera hubiese recogido el dinero de la colecta, antes de que yo hubiese podido acabar de redactar el alta. Kgomotso podría haber esperado. Los moribundos son egoístas. Podría haber esperado.

Nadie se molestó en decirme a la cara que Tshiamo había muerto. Mamá entró en mi habitación mientras me hacía la dormida y me lo susurró al oído. Cuando se lo reproché al cabo de unos meses, repuso que la tía Petunia le

había asegurado que era el mejor modo de dar una noticia difícil a los niños, mientras sus espíritus siguen flotando sobre sus cuerpos.

También escribí a Tshiamo para contárselo. Añadí muchos «LOL» al correo electrónico porque sabía que le parecería gracioso. Él siempre había creído que la tía Petunia era una vieja estúpida que esperaba robar la vajilla cara que papá le dejó a mamá cuando se fue de casa.

A veces noto que la boca se me tuerce en un rictus de desprecio y que frunzo el ceño hasta que una arruga me atraviesa la frente. Cuando me sorprende así intento corregirlo enseguida, intento relajar los músculos de la cara y aflojar la mandíbula. Me pregunto qué aspecto tendré cuando retuerzo la cara en esa fea mueca. La ansiedad de mi corazón es tan grande que se desborda, me empapa la sangre y envenena hasta el vello de mi piel.

Hoy mamá me ha llamado para preguntarme si seguía viviendo con la «chica de Zimbabue». Quiere que vuelva a casa y que este fin de semana la acompañe al cementerio. Le he mentado, diciéndole que tenía guardia.

A veces, cuando a primera hora de la mañana regreso a casa tras una guardia compartida y solo me acompañan las luces nocturnas de la carretera desierta, suelto un segundo el volante y piso el acelerador a fondo, mientras me pregunto si conseguiré despegar y elevarme como un avión en caso de alcanzar suficiente velocidad. ¿Desapareceré en la oscuridad de la noche? Y, si aterrizo al otro lado, ¿encontraré a Tshiamo allí?

Esto no te interesa, ¿verdad, Señor? Lo sé, lo sé. Estás ocupado salvando vidas en Sudán. No importa.

SEGUNDA PARTE

«Nada hay tan engañoso como el corazón, ni tan perverso:
¿Quién puede comprenderlo?».

Jeremías 17:9

Anoche Mamokgheti Sasing, de Vulcano News, informó de una turba compuesta por una veintena de sudafricanos había incendiado la calle comercial de una comunidad somalí en Sechaba. Además habían lapidado a tres chicas somalíes y muchas familias habían tenido que huir de sus casas. Mostraron a una mujer apaleada por la multitud que lloraba ante su tienda carbonizada, mientras sus hijos miraban atónitos a la cámara.

Llamé a Nyasha de inmediato, pero no respondió. Quizá fue lo mejor, porque no tenía ni idea de qué iba a decirle. Cuando fui al cuarto de baño de madrugada, la oí llorar al teléfono mientras le contaba a su madre, en la remota Gran Bretaña, que le asustaba abrir la boca en sitios públicos por si descubrían que era extranjera y alguien quería lastimarla.

Me puse furiosa. ¿Cómo podíamos ser tan salvajes, tan crueles, tan inhumanos? ¿Qué clase de personas somos?

Tenía que ayudar. Me puse el despertador y decidí hablar con Nyasha en cuanto me levantara, para decirle que esos asesinos no representaban al pueblo sudafricano.

No eran más que criminales, malhechores, delincuentes. Pero enseguida supe que estaba engañándome. Recordé a mamá, que tuerce el gesto cada vez que menciono a Nyasha y se niega a probar lo que ella ha cocinado. Mamá, temerosa de Dios, que va a la iglesia y ama al prójimo.

Recuerdo que yo misma me reí cuando en el primer año de universidad Zanele las llamó *oorkants* y se negó a compartir habitación con una de ellas porque decía que olía a sangre menstrual.

De modo que cuando esta mañana Nyasha ha entrado en la cocina con los ojos hinchados y enrojecidos, he fingido no verlo. Me he hecho la tonta, como si fuese un jueves cualquiera.

Claro que estoy avergonzada, pero no es culpa nuestra. Es culpa de los blancos, Señor. Todo es culpa suya. Ellos nos enseñaron a odiarnos, ellos nos convirtieron en esto. Antes de que llegaran los blancos no éramos así. No seríamos así si no hubiesen venido a estropearlo todo.

A lo largo del día la televisión ha mostrado cabañas quemadas, tiendas quemadas y personas quemadas. Las calles están tomadas por hombres sedientos de sangre que quieren que los extranjeros se marchen del país. Nyasha ha llegado a casa algo después, ha ido directa a su habitación y no se ha movido de allí. He visto las noticias sin volumen, sola. Mostraban imágenes de un grupo de muchachos que arrastraba a un hombre desnudo con la cabeza ensangrentada, y luego a unos policías que echaban agua sobre el cuerpo de una anciana. Martillos, hachas, cuchillos, botellas, palos, piedras, hombres, mujeres, niños, animales por todas partes.

Presenciar todo aquello era difícil, pero tenía que verlo. Tenía que enfrentarme a esta cosa horrible en que nos hemos convertido.

Las cosas han empeorado. La violencia xenófoba ha prendido como la pólvora. En mi último turno de anoche los servicios de urgencias trajeron a un extranjero con quemaduras de tercer grado en el ochenta por ciento del cuerpo; lo habían quemado vivo.

Al volver a casa, lo primero que me ha dicho Nyasha es que sabía que yo había atendido a una víctima de violencia xenófoba. Quería su número de sala para ir a visitarlo y apoyar a su familia.

No es mi paciente, he respondido. Ha llegado ya intubado a Urgencias y he recetado hidratación, antibióticos y analgesia antes de derivarlo al equipo quirúrgico.

—¿En qué sala está? —ha insistido—. ¿Y cómo se llama?

Le he explicado que lo había visto por última vez en urgencias, con un respirador, esperando a que los cirujanos se hiciesen cargo. Estaban al corriente del estado del paciente, pero seguían en el quirófano. No sabía en qué sala había terminado. Probablemente en la uci o en la planta de quemados.

No recordaba su nombre.

—¿Y te has limitado a dejarlo allí?

—No había camas en la uci, Nyasha. ¿Qué querías que hiciese?

—¿Has llamado al Hospital Universitario Imhotep?

—Pues claro —he mentado—. Ya sabes que está siempre lleno.

—¿Así que has vuelto a la cama sin más?

—Por Dios, Nyasha, el paciente tenía quemaduras de tercer grado en el ochenta por ciento del cuerpo, las posibilidades de que sobreviviera eran casi nulas. Le he puesto una vía, le hemos administrado una buena analgesia y antibióticos y luego lo hemos derivado al equipo quirúrgico. Soy una interna, no Jesucristo. ¿Qué demonios podía hacer yo?

—¿Cómo se llama? Dime su nombre para que pueda encontrarlo en el hospital.

—No lo recuerdo, Nyasha. Ha sido una guardia muy intensa, urgencias estaba a rebosar. Sinceramente, había tantos pacientes que no me acuerdo.

—¿Ni siquiera recuerdas su nombre?

—¿Nyasha? ¿Recuerdas los nombres de todos los pacientes de tu guardia?

—No te importa, ¿verdad? ¡Para ti no es más que otro extranjero, otro *kwere-kwere*!

—Vamos, no digas eso. Sabes que no es cierto.

—¿Dónde está la familia? ¿Cómo ha llegado él al hospital? No ha podido ingresar por su propio pie.

—Lo han traído los servicios de urgencias, pero no les he preguntado dónde lo ha encontrado. Lo siento, tendría que haberme informado, pero al verlo con quemaduras en el ochenta por ciento del cuerpo, no se me ha ocurrido.

—Eres patética. ¡Todos sois iguales, unos putos monstruos!

—¡Nyasha! Siento muchísimo lo de esos ataques xenófobos, de veras, pero no es justo que me lo reproches a mí. Yo no he hecho nada malo.

—¿Ah, no? ¿Has dejado que un hombre indefenso con quemaduras en todo el cuerpo causadas por *tu* pueblo muera en urgencias con una vía en el brazo y un poco de ibuprofeno, y me dices que no has hecho nada malo? ¿Qué clase de animal eres? ¿Crees que esas enfermeras y esos internos de cirugía que nos desprecian a nosotros, los extranjeros, se esforzarán para atender a ese

hombre como es debido, se pondrán al teléfono para encontrarle una cama en la uci, le darán una oportunidad para que consiga sobrevivir? ¿Por qué no te has quedado con él? ¿Por qué no has insistido al teléfono? ¿Por qué no has llamado al hospital Hamilton Naki o al Central Mary Malahlela? ¿Por qué no has hablado con el especialista? ¿Se te ha ocurrido ponerle una vía venosa central? ¿Lo has entubado? ¿Cómo monitorizabas la hidratación? ¿Has considerado algo de lo que te he mencionado? Eras la única opción de ese paciente, pero has preferido volver a acostarte. Te crees diferente, Masechaba, pero todos sois iguales.

Las enfermeras le habían llamado Maputo cuando me lo derivaron y no había tenido tiempo de comprobar su verdadero nombre. Un apuñalado en el pecho había ingresado al mismo tiempo y necesitaba anotar un drenaje torácico en mi registro de Colegio Médico, por lo que me apresuré a asistirlo. No me había olvidado de Maputo, pero como sabía que me ocuparía gran parte de la noche, primero quería solucionar el tema del drenaje. Sin embargo, cuando volví junto a Maputo uno de los estudiantes médicos ya le había puesto una vía y llamaba al Imhotep preguntando si tenían plaza en la UCI, sin resultado. De modo que le receté antibióticos y analgesia y lo derivé a cirugía. No era ibuprofeno. No le hubiese administrado ibuprofeno, no soy idiota. Quizá tendría que haber llamado personalmente al Imhotep. ¡Quizá tendría que haberme sentado al teléfono y probar con el Hamilton Naki, el hospital Central Mary Malahlela, la Casa Blanca! Quizá podría haber llevado mejor el caso. No se me había ocurrido lo de la vía venosa central, y estoy segura de que ya tenía un catéter (o se lo pusieron las enfermeras, pero recuerdo haberlo visto). Aunque sí debería haber comprobado su nombre. Estoy segura de que lo hice, porque seguro que no había escrito «Maputo» en su historial. O tal vez Maputo fuese su verdadero nombre... Muchos forasteros se cambian de nombre cuando llegan a Sudáfrica. Dios, no lo sé. A lo mejor no manejé correctamente el caso, pero no porque fuese extranjero, y no aceptaré la acusación de Nyasha de que lo traté mal precisamente por su condición de inmigrante. Eso es mentira. Aguanto tantas críticas de las enfermeras y de otros médicos por ser su amiga, y de mamá por vivir con ella... ¡Me llaman *kwere-kwere* a mis espaldas, por Dios! Lo que dice es una mentira como un templo y no pienso aceptarlo. Nyasha puede irse a la mierda.

La situación se está descontrolando muy deprisa. Ayer una paciente escupió a uno de los médicos nigerianos. Según los otros residentes, la paciente dijo que no quería que la examinara una cucaracha. Muchos médicos extranjeros dicen que no se sienten seguros cuando vienen a trabajar. Y Nyasha sigue sin hablarme por el tema del paciente quemado.

Es una locura, Señor. Esto es una locura. ¿En qué nos hemos convertido?

He decidido que voy a hacer algo para detener todo esto. O al menos intentarlo.

Voy a redactar una petición. La imprimiré y la distribuiré en la reunión matinal del departamento. Conseguiré que los otros residentes la firmen, la llevaré a los despachos de los médicos, la meteré debajo de todas las puertas. La colgaré en la pared del banco de sangre y del laboratorio, de manera que los estudiantes que vayan a buscar resultados puedan firmarla mientras esperan. Quizá hasta la lleve al control de seguridad para que la gente firme la petición al entrar. También puedo pasearme por la cafetería a la hora del almuerzo e ir de mesa en mesa, o dejarla en la salita de descanso de los anestesistas para que firmen entre operaciones. Y hasta en urgencias: mientras la gente espera, puedo presentar la petición a los familiares de los pacientes. Y si lo firman el director y la junta del hospital... Tal vez podría escribir al periódico local. Y hacerla llegar al Ministerio de Sanidad para que estampase su firma el mismísimo ministro. O ponerme en contacto con otros residentes a través de nuestra página de Facebook y pedir que la hagan circular por sus respectivos hospitales. Quizá acabe teniendo alcance nacional y la firme todo el país. Y así el mundo verá que no somos así, que esos criminales que van por ahí matando extranjeros no nos representan. Quizá la petición acabe con esta locura.

Pero no se lo contaré a Nyasha; prefiero hacerlo sola, me apetece sorprenderla. Y así verá cuánto la quiero, verá que soy diferente y cuánto me importa lo que sucede.

Dios mío, ¡es increíble la de gente que ha firmado la petición! Se ha compartido tres mil veces en Facebook y tiene diez mil «Me gusta». Esta

mañana me ha llamado una mujer de la emisora SAfm para entrevistarme. También me han mencionado en el *Mail Guardian Online*, y al final del artículo el periodista pide a los médicos de todo el país que hagan lo mismo y se planten contra la xenofobia.

Es muy extraño, Señor. Siempre he sabido que me ibas a emplear en algo importante, pero no imaginaba esto. ¡Qué bien sienta estar al frente de una iniciativa así! No recuerdo la última vez que conseguí algo por mí misma. Por fin me he librado de mi inseguridad. En el *Mail Guardian* se me describe como una joven activista, una inspiración. Nunca me he considerado una activista ni capaz de inspirar a nadie, pero ahí está, y lo dicen ellos, no yo.

Cometí el error de comentarle a la enfermera Palesa lo del artículo y la posible entrevista en la radio, y también le dije que, a la vista del éxito de la petición, me planteaba organizar una marcha antixenófoba en la comunidad. En lugar de felicitarme, me criticó. Aseguró que iba a meterme en un buen lío, que aquello no era la zona residencial. Aquí la gente sufre y en gran parte es por culpa de los extranjeros, me dijo.

—La gente no puede alimentar a sus familias, doctora. Esos extranjeros se lo comen todo. Si no son los nigerianos, son los somalíes. Si no son los somalíes, son los chinos. Déjese ya de peticiones o la gente se enfadará de veras y acabará lastimándola. Céntrese en su trabajo. A los de aquí no les gusta que los jóvenes no sepan comportarse.

Aquella tarde, al volver a casa, le conté a Nyasha lo que me había dicho la enfermera Palesa. Nyasha repuso que no le sorprendía y que quizá era mejor que lo dejase, pues no quería que acabase mal.

—Esa gente está loca, Masechaba. Lo de ir a la radio y demás es llamar la atención de forma innecesaria. Todo este asunto es un delicado asunto político, déjaselo a los activistas de verdad.

Me molestó. Intento hacer algo bueno, defender aquello en lo que creo y, en lugar de apoyarme, en lugar de enorgullecerse de mí, los que me rodean me dicen que lo deje porque estoy sulfurando a la comunidad. ¿En serio? ¿Y a quién coño le importa la comunidad? Lo que ocurre está mal, y si *nosotros* no nos oponemos a lo que está mal, ¿quién lo hará? Creía que Nyasha lo entendería mejor que nadie. Por fin tengo una causa, algo por lo que levantarme todas las mañanas, algo a lo que agarrarme, ¿y ahora Nyasha

quiere arrebatármelo? Pues no; pienso continuar. ¿No fue ella la que me regañó por descuidar al paciente mozambiqueño quemado? ¿No fue ella la que me insultó por mi pasividad? Y precisamente ahora, cuando más activa estoy, se limita a desanimarme. ¿La misma Nyasha que corre a sus sesiones de poesía, critica a presidentes africanos cuyos países desconoce e insiste en que debemos acabar con la supremacía blanca de una vez por todas, me dice que deje esta noble causa en manos de «los activistas de verdad»? ¡Yo soy una activista! Lo ha dicho el *Mail & Guardian*. Seguramente está celosa. Será mejor que me olvide de Nyasha. Lo que hago es más importante que nuestra relación, y con el tiempo me lo agradecerá.

TERCERA PARTE

«Me digo que no lo mencionaré ni hablaré más en su nombre, pero entonces se convierte en un fuego ardiente en mi corazón, apresado en mis huesos. Trato de contenerlo, mas no puedo.»

Jeremías 20:9

¿Por qué sigues aquí?

¡Vete!

¿Dónde estabas cuando ocurrió? ¿Lo viste? ¿Te horrorizó? ¿Lloraste? ¿Ya sabías durante todo el día lo que iba a pasar? Mientras me lavaba la cara y los dientes, elegía la ropa interior y me ponía el pantalón del hospital, ¿ya sabías que más tarde me desgarrarían por dentro, me destrozarían la lengua y me partirían los dientes?

¿Me compadeces, Dios?

¿Desde cuándo lo sabías? ¿Desde anteayer o antes? ¿Desde que cumplí siete años o desde el día que nací? Todo este tiempo, mientras reía y soplabas las velas del pastel, ¿sabías lo que me esperaba y no hiciste ni dijiste nada?

Y si te preocupas por nosotros, como afirmas, ¿lo viste? ¿Todo? ¿De principio a fin? ¿Con los ojos bien abiertos? ¿No se te revolvió el estómago, no se te hizo un nudo en la garganta? ¿Por mí, por tu hija? Viste cómo me violaban y no parpadeaste, ni siquiera parpadeaste. Tú, Dios, viste como me desgarraban, me repartían entre ellos, y te quedaste ahí plantado, mirando. ¿O saliste huyendo? ¿No viste nada y te lo contaron después? ¿O estabas fuera, de viaje de negocios, salvando vidas en otra parte?

¿Conque ahora vienes para ayudarme? ¿Ahora, después de lo ocurrido, quieres consolarme? Eso es muy bonito. Precioso. ¡Yete!

¿Por qué quieres ver cómo nos arrastramos? ¿Por qué tenemos que rompernos primero en mil pedazos antes de que nos recojas del suelo? ¿Por qué debemos hacernos añicos para que reacciones? ¿Por qué debemos rezar por algo que es evidente? ¿No era evidente que necesitaba que me salvases?
¡Yete!

Nyasha se reiría de mí si supiera que sigo escribiéndote.

No puedo dormir.

Padre nuestro que estás en los cielos...
¿Cómo has permitido que ocurriese?

Cálmate, respira despacio, piensa menos.

Por favor, abrázame, Señor. Si estás ahí, abrázame, por favor.

Estoy muy asustada.

¿Me odias?

¿Quién eres, y por qué tiene que importarme lo que piensas?

¿De dónde vienes? ¿Cómo puedo confiar en ti cuando no tienes casa ni familia que puedas llamar propia?

Déjame en paz.

Por favor, Jesús, ven. Por favor, no me dejes.

Ojalá todo esto no fuese más que una larga, larguísima pesadilla.

Hoy me he bañado. Mamá ha llorado, yo he llorado. Mamá me ha dicho: «Todo irá bien». Le he dicho que no mienta. Y ha llorado un poco más.

Ojalá pudiese desaparecer.

Como Señor del universo, tú podrías limpiar todo esto con un paño empapado en lejía. O apretar un botón de reiniciado, o sacar las pilas, desconectar el cable, algo, lo que fuese. Hacer que me sumiera en un sueño profundo y transformarlo todo en una simple pesadilla.

Pero no lo harás, ¿verdad?

Ni siquiera sé por qué te hablo. Nunca respondes. Tu silencio es ubicuo. Es denso y enrarece el aire. Está dentro y fuera, me impide respirar, me impide creer.

Rezaba todos los días. Rezaba todos los días, rezaba TODOS LOS DÍAS. REZO TODOS LOS DÍAS. ¡REZO TODOS LOS DÍAS! ¿Estás sordo? ¿Por

qué no escuchas? ¿Por qué no puedes verme? Aquí estoy. ¡Acaba conmigo, por favor! Me quiero morir.

Lo siento, Señor. ¿Te metes bajo la manta conmigo? Si te lo pido bien, ¿lo harás, por favor? Si estás ahí, no me dejes aquí sola, por favor.

¿Es porque no llevé el rosario al trabajo? ¿Estás enojado conmigo? ¿Es porque no voté? ¿O es por François? Solo dejé que me toqueteara, Señor. Eso es todo lo que hicimos. No puedes ser tan cruel, ¿verdad?

¿O se supone que esto es «el agujón en mi carne»? ¡Esto no es un agujón, Señor, es una daga!

¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Bien, qué más da. Yete. Vete allá donde tengas que ir. Déjame.

Hoy la enfermera Agnes ha venido a visitarme. Ha traído pasteles y una tarjeta reciclada que decía Feliz Cumpleaños, ilustrada con un gatito de ojos enormes, como de caricatura. En el interior de la tarjeta había tachado «Feliz Cumpleaños» y había escrito «Lo lamento». Me ha dicho que varios médicos residentes habían escrito una carta de protesta al Departamento Nacional de Salud. La habían hecho circular por todas las reuniones hospitalarias pidiendo firmas para apoyar la petición de más seguridad en el recinto del hospital. Me ha dicho que había ordenado que todos los profesionales llevaran aerosoles de pimienta y silbatos en el turno de noche. Me ha dicho que rezaban por mí a diario. Me ha dicho que yo también debía rezar, que Dios me ayudaría.

Ayudarme con qué. ¿Qué puede hacer Dios por mí ahora?

Las visitas no cesan. Me siento como un animal en el zoo. Mamá me dice que únicamente quieren mostrarme su apoyo, que es mejor que no pase demasiado

tiempo sola. Pero me irritan cuando dicen estupideces como «todo irá bien, no te preocupes, todo irá bien». ¿Cómo saben que todo irá bien? ¿Por qué dicen estupideces de las que no tienen ninguna prueba?

Son afirmaciones imposibles de garantizar. «Todo irá bien». ¡Lo dicen con tanta seguridad! ¡Mentirosos! ¿Dónde está la prueba? ¿Todo irá bien? Pues no. Nada va bien. Nada de nada.

Si la gente no sabe qué decir, debería callarse.

Quizá no recé bien. Quizá recé poco, mal, sin suficientes ganas. Quizá mis oraciones eran erróneas, o excesivas, o demasiado vagas... Quizá mis oraciones eran falsas, falaces, repetitivas, aburridas...

Dame una segunda oportunidad, por favor. Enséñame a rezar como quieras y así rezaré yo. Rezaré a diario, dos veces al día, durante todo el día. Por favor, haz que todo esto haya sido una pesadilla. Apártalo de mí, Señor. Por favor.

¿De qué sirve estar aquí, en la tierra, si lo único que importa es el cielo? Si no quieres / no te interesa / no puedes cambiar nada de lo que ocurre aquí abajo, ¿qué sentido tiene? Si todo es completamente aleatorio y consiste tan solo en aguantar hasta un final que acabará por llegar, ¿para qué molestarse?

Si esto es temporal, ¿por qué no puedo adelantarme a lo inevitable y suicidarme?

Me mataré. ¿Acaso crees que me asusta? Pues no. Ahora me siento demasiado débil, pero en cuanto haya recuperado las fuerzas pienso hacerlo, me mataré. Espera y verás.

¿Me mandarías al infierno si me suicidase? ¿Pese a cuánto te quiero? ¿Aunque lo hiciese para estar más cerca de ti?

Estar viva es lo más peligroso del mundo. En cualquier momento puede pasar

cualquier cosa. Estar muerta es más seguro.

Las cosas no tenían que salir así. Este no era el plan.

Estoy harta de oír hablar de Job, todo el mundo me habla de Job. La historia de Job no me consuela. Me da lo mismo que tenga un final feliz. Saber que finalmente todo se resuelve no hace que me sienta mejor. Algunas cosas no pueden resolverse.

Mamá me ha preguntado si ya no oigo voces. ¿Qué voces? ¿Qué voces? Me mira como si le diese miedo. Sigue mirándome mientras se aleja a toda prisa por el pasillo.

¿Qué voces, Señor?

Me trae el periódico, luego fruta, luego tostadas, luego patatas fritas, luego gachas de avena, luego pan, luego cacahuetes. No me puedo comer toda esa comida y los periódicos me entristecen.

¿Qué voces?

Vuelvo a sangrar.

Sáname.

Sáname.

Sáname.

Cúrame.

Cúrame.

Cúrame.

¿No eras el Gran Sanador? ¿O debemos esperar a otro?

Hacía tiempo que no sangraba así, hacía tiempo que no me resbalaban por las piernas gotas de suero sanguíneo y células de hemoglobina hasta que al final lo único que queda es agua. Hacía años que no sentía tanta rabia por la carne disfuncional del interior de mi pelvis, años sin querer meterme el puño vagina arriba para arrancarme el demonio.

¿Será siempre así?

Orino despacio. No como antes, cuando era una persona ocupada, cuando había gente que dependía de mí. Orino despacio para que no me escueza. Orino despacio porque mi mente está ociosa y no tiene que ir a ningún lado.

A veces, cuando olvido, cuando me distraigo, de pronto me sobresalta notar un aliento en la nuca, un aliento como el que sentí antes de que me agarrasen por detrás y me obligaran a echarme al suelo. Empiezo a gritar. Mamá me dice que es solo una corriente de aire, que las puertas y las verjas están bien cerradas, y que aquí dentro nadie puede lastimarme. Pero ese aliento consigue entrar, se cuela por debajo de la puerta, entre los barrotes, por encima de la verja. Lo noto, cálido y húmedo, en la nuca. Le digo a mamá que deje de traerme todos esos periódicos y que los use para tapar las ventanas, las puertas, los agujeros de las paredes. Pero cuando digo estas cosas ella se enfada. Dice que no permitirá que me suma en la locura.

En cuanto noto que me pongo nerviosa, si mis pensamientos empiezan a

acelerarse y parece que otras voces amenazan con iniciar una conversación en mi cabeza, me la cubro con la almohada y me obligo a dormir. El sueño es mucho más eficaz que todos los ansiolíticos que me ha recetado la doctora Phakama porque cuando me despierto lo he olvidado todo, y durante unos minutos, a veces hasta una hora, existo con ligereza, como alguien sin ninguna preocupación en el mundo.

Mamá dice que Filipenses 4 dice que no debo inquietarme, sino presentar mi petición a Dios mediante oraciones y ruegos, con ánimo agradecido.

No sé a qué ruegos te refieres, Señor, pero en lo sucesivo te pido con ánimo agradecido que me quites la vida.

Amén.

¿Me oyes? ¿Te importo, al menos?

¿No dijiste «Busca y encontrarás, llama y la puerta se abrirá»? ¿No dijiste eso? ¿No me oyes llamar? ¿No me ves buscando? ¡Eh! ¡Quiero morir!

Ni sé por qué me molesto.

03.02... 03.02... 03.02¿Qué tiene esta hora de la noche que me arranca del sueño, me abre los párpados, me despeja? ¿Son los tres hombres que me partieron en dos? ¿O era tres veces dos?

03.02... 03.02... 03.02... una y otra vez.

¿Duermen, Señor? ¿Sueñan con fiestas, globos y alegres meriendas campestres? ¿O están atormentados, como yo? ¿Tienen que luchar contra los susurros, las imágenes, las sombras que se ocultan en los rincones de su mente?

No creo que sea saludable estar despierta a estas horas.

El tiempo avanza despacio. El antiguo reloj de Tshiamo me llama desde el cajón del tocador.

«Cronos, kairos, cronos, kairos...».

Me lo puse hasta que la correa se gastó, y luego lo llevé en el bolsillo hasta que se cayó y se rompió la esfera. Así que ahora está en mi cajón, donde levanta la voz de vez en cuando.

En catequesis decían que eres ajeno al tiempo, por lo que a veces, en esas guardias en que tenía los pies hinchados, los ojos enrojecidos y las manos ásperas por los repetidos lavados con jabón desinfectante, te rogaba que alargases a treinta días los treinta minutos de descanso que me quedaban. Te rogaba que, si era posible, me concedieses la pequeña gracia de alargar un momentito el tiempo, para que así pudiese recuperarme.

Cuando se le conté a Nyasha, me dijo que era (a) estúpida y (b) egoísta.

—¿Y si en algún lugar una mujer está siendo violada? ¿Te agradecerá ella que transformes sus treinta minutos en treinta días?

Recordé aquella conversación mientras yacía inmóvil en el frío suelo y suplicaba que ninguna residente estúpida estuviese rogando que el tiempo se detuviera.

En el fondo sé que este sería el momento de recurrir a Jesús en busca de paz. Quizá encontrase consuelo en él, pero nunca he tenido el menor sentido de la orientación y no sé hacia dónde dirigirme ni cómo llegar hasta allí.

He decidido dejar toda la medicación. Estoy cansada. Este hilillo de sangre que brota de mí día tras día ha acabado por gustarme. Tiñe la bañera de un rosa precioso. A veces, cuando sale un pequeño coágulo, el agua se vuelve granate.

La zona blanda de mi vientre está cálida y dolorida. Me siento tan débil

que a menudo tengo que sentarme para no caer. Es una especie de dolor, una especie de placer, una especie de libertad que me gusta y que la medicación de la doctora Phakama intentaba robarme. Pero es algo mío, es agradable y lo quiero.

Los susurros de fondo tampoco están mal. Me hacen compañía, me cantan canciones y me cuentan historias que me ayudan a pasar el rato. Tu silencio era demasiado estridente.

Creo ver una cucaracha, pero al volver la cabeza es una marca en la pared, un envoltorio de caramelo en el suelo, una grieta en los azulejos.

Por la mañana me siento en el borde de la cama. Me imagino que es un edificio alto o un puente, un acantilado, un tejado, el balcón de un rascacielos. Fantaseo sobre cómo sería arrojarse al vacío y precipitarse al suelo.

¿Cómo se desentraña una mente? ¿Axón a axón? ¿Fibra a fibra? Y cuando se trata de una mente psicótica, ¿dónde estás tú, Señor? ¿Estás lejos de mí o estás cerca?

¿Recuerdas a aquel paciente psiquiátrico de la sala 12 que a primera hora de la mañana cantaba sentado en el borde de la cama? Cantaba antiguos himnos para dar la bienvenida al día mientras pensaba en las pastillas que escondía debajo de la almohada. Su voz era tan bonita que muchas veces tenía que entrar en el despacho para calmarme antes de iniciar mi ronda. En aquellas mañanas estar loco no parecía tan malo, la locura parecía una afortunada forma de liberación de las maldades del mundo. En aquellas mañanas me asustaban menos las grietas que empezaba a intuir en mi psique. En aquellas mañanas, mi vulnerable salud mental no me inquietaba tanto.

Aquel paciente no se quedó mucho tiempo. Su infección del tracto urinario respondió bien a los antibióticos y pronto lo enviaron de vuelta al psiquiátrico de Sweet Rivers. A la mañana siguiente había otro hombre en su cama, un fumador malhumorado a quien le habían extirpado la laringe para atajar el cáncer que se extendía desde sus pulmones al resto del cuerpo. Un hombre amargado y antipático que parecía empeñado en escupir las flemas amarillas

de su infectada herida quirúrgica sobre cualquier miembro del personal que osara acercársele.

He tenido una pesadilla. Nyasha estaba aquí, en esta habitación, con las manos en mi garganta.

Me gritaba, enfadada: «¡Sudafricanos, mirad cómo habéis engordado, fijaos en el grosor de vuestros cuellos! Os habéis vuelto demasiado comodones. Creéis que nunca se os acabará la comida, ¡coméis tanto que ni siquiera veis que un día se terminará, y os acabaréis devorando entre vosotros!».

Entonces entraban los hombres. Se reían y se burlaban de mí.

«Te gustan los *kwere-kwere pipi*, ¿eh? Eso es porque nunca lo has probado con un sudafricano de verdad. Hoy te convertiremos en una verdadera mujer sudafricana».

Y luego empezaba a sangrar a borbotones, la sangre me bajaba por los muslos, salpicando, manchándolo todo. Les cubría las piernas, los brazos, después la cabeza, ahogándolos, ahogándome.

¿Cómo se pueden evitar las ideas que amenazan con destruirlo todo? Tengo manchas en las piernas que no se van. Cuando me baño intento lavarlas, pero allí se quedan. Se las he enseñado a mamá, diciéndole que nada volvería a ser como antes.

Me ha respondido que no veía nada, que no tengo ninguna mancha, ni en las piernas ni en ningún otro sitio. Que tenía el mismo aspecto de siempre.

Me ha dicho que sabía que no estaba tomándome las pastillas. Me ha dicho que ya había hecho grandes progresos y me ha rogado que no me rindiese.

—¿Rendirme a qué, mamá?

—A la locura, Masechaba.

—¿Qué locura, mamá?

—La locura, Masechaba. La locura que te ha hecho todo esto. La locura que me ha robado a mi hija. La locura que te ha robado la vida. La locura que hace que te sientes en un cubo, que te limpies con periódicos y que cubras el

suelo y las paredes con tu sangre. La locura que te está matando, Masechaba. La locura que me matará a mí.

¡Lloraba tanto, Señor! ¡Siento tanto, tantísimo, haberle —habernos— causado todo este dolor!

—Lo siento, mamá.

¿Estoy enferma, Señor? ¿Soy una enferma mental?

¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo has permitido que ocurriese?

¿Es porque no fui a votar? ¿Nyasha tenía razón?

A veces gritan.

«¿Por qué habláis tan alto? ¿Por qué hacéis tanto ruido? ¡Hablad más bajo, que puedo oíros! ¡Susurrad!».

Pero no me escuchan, y eso me confunde. ¿Están dentro o fuera? Me pongo tapones en los oídos para amortiguarlas.

Mamá cree que si vamos al cementerio y hablamos con *koko*, *malome*, *mamogolo*, *rangwane*, *rakgadi*, *ntate*; *abuti*, *gogo*, *ousi* y *mani* quizá puedan ayudarme^[9]. Que quizá desde el cielo puedan interceder, negociar, hablarte, rogar por mí. Me dice que ella no sabe cómo ayudarme, pero que ellos sí que sabrán.

Cree que estas cosas pueden haberme ocurrido porque no les dije a los antepasados que me había licenciado. No les dije que estaba trabajando, ni dónde trabajaba, ni tampoco que no era un lugar seguro, que haría turnos de veinticuatro horas y tendría que trabajar de noche. Mamá cree que todo se reduce a una falta de comunicación con los antepasados, y que si hubiese hablado con ellos todo lo que ha ocurrido podría haberse evitado.

Eso me indigna. ¿Acaso son tontos, estos antepasados míos? ¿Acaso son necios, memos, simples? ¿No ven, desde las celestiales alturas, lo que pasa aquí abajo? ¿Por qué hay que contárselo todo, advertirles, tenerles constantemente informados? ¿Por qué hay que explicarles lo evidente, a estos dioses?

Mamá dice que no debería hablar así. Dice que mi problema es que siempre he sido una orgullosa que nunca ha escuchado a nadie, y que ser deslenguada me traerá mala suerte.

Cuando he oído eso, me he echado a reír.

¿Qué clase de suerte se cree que tengo?

Lo siento.

A lo mejor todo esto es culpa mía. Tendría que haber votado. No tendría que haber permitido que aquel chico blanco juguetease con mi vagina. Nunca tendría que haber iniciado esa petición. Tendría que haber ido al cementerio. No tendría que haber dejado la medicación. No tendría que haber escrito todas esas blasfemias asquerosas en mi diario. Tendría que haberme comportado con menos entusiasmo; en la vida nunca hay que entusiasmarse demasiado, es entonces cuando ocurren las desgracias. Estaba demasiado feliz, corriendo de aquí para allá con la dichosa petición. En lugar de centrarme, no paraba de pensar en François, que ni siquiera sabe pronunciar correctamente mi nombre.

La enfermera Agnes me había advertido:

—Doctora, ¿por qué se trae esa ropa tan bonita al trabajo? No nos vestimos así para las guardias nocturnas.

La enfermera Palesa me había advertido:

—Doctora, a la comunidad no le gusta ese asunto de la petición. Se está involucrando demasiado.

Pero yo no escuché. Quería tener buen aspecto en el trabajo porque la gente había empezado a reconocermme por la difusión de la campaña antixenófoba en la prensa. Tendría que haber escuchado. Tendría que haber estado más tranquila, más callada, más serena, más centrada. Me entusiasmé demasiado. Y por eso me violaron aquellos hombres.

De vez en cuando veo sus caras. El de la camiseta a rayas con la barriga asomando por debajo. Cierro los ojos instintivamente y espero que las lágrimas borren esas imágenes de mi pensamiento.

Deteneos y reconoced que soy Dios.

Deteneos y reconoced que soy Dios.

Deteneos y reconoced que soy Dios^[10].

Susurro las palabras en la noche. Brotan de mis labios, pero escapan a mi corazón.

No hay palabras para expresar el dolor que siento. ¿Cómo puedo explicar en una frase que me han convertido en una cáscara de lo que era? No «en una especie de» cáscara, sino en una cáscara, tal cual. ¿Cómo explico que me han arrebatado algo más que mi «feminidad» o cualquiera de los términos piadosos que tanto gustan a la gente, algo que una vez perdido no puede recuperarse porque no tiene nombre? ¿Cómo explico que los idiomas de los que dispongo no pueden expresar mi confusión interna? ¿Qué me han robado algo más que la dignidad, que me han sometido a algo más que a una violación? ¿Qué habría preferido morir antes de que me sirvieran en bandeja y me dejaran en este estado?

Hoy hemos visitado a la doctora Phakama. La he visto escribir en sus notas que estoy «ensimismada con estímulos internos». La doctora pensaba que no lo entendería, olvidando que yo también tengo formación médica. Me ha explicado que la depresión grave puede acabar en psicosis y que es importante que no abandone la medicación.

He querido decirle que se equivocaba, que empecé a enloquecer hace mucho tiempo, mucho antes de que esto pasara, mucho antes de que François me animase a probar aquel queso maloliente en la fiesta de Navidad, mucho antes de que fingiese que me gustaba esa cosa podrida para que me tomase por sofisticada. Mucho antes de que empezara a pagarlo con sangre.

Pero ella no me ha dejado contestar.

Me ha hablado de la importancia de salir de la cama, de recuperar las cosas que me gustaban, de recobrar mi antigua vida.

—Tu madre dice que escribías unos poemas preciosos; ¿por qué no lo retomas? Quizá puedes escribir sobre lo que ha sucedido, escribir sobre estos tiempos difíciles. Quizá te sea de ayuda. Tal vez, pese a las apariencias, estos momentos difíciles se acaben convirtiendo en algo positivo.

¿Pese a las apariencias? ¡Pues qué apariencias más extravagantes y sofisticadas! ¡Qué espectacularmente engañosas!

Mamá dice que tenemos que darle una oportunidad a la doctora Phakama, que solo voy por la segunda sesión y que estas psicoterapias llevan su tiempo. Dice que la doctora Phakama no pretendía quitarle hierro al asunto, que solo intentaba ser amable. No tengo que enfadarme tanto ni rechazarla a las primeras de cambio. Es importante que yo quiera recuperarme. La gente desea ayudarme, pero yo debo estar dispuesta a aceptar su ayuda.

Mamá tiene razón.

Una buena cristiana no se lamentaría por sus desgracias como hago yo. A fin de cuentas, solo es una cuestión carnal. Fue solo un pene, un par de penes que entraron en una cavidad que el hombre ha decidido llamar vagina. Es solo una cuestión de músculos, vasos sanguíneos, nervios, mucosidad. Mi vagina no piensa, no recuerda, en realidad ni siquiera siente, no de una forma consciente. Tan solo responde a acometidas y vibraciones. Mi corazón sigue latiendo, el aire sigue llenándome los pulmones, mis extremidades se mueven a la perfección. ¿Por qué me siento tan vacía, entonces? ¿Por qué tengo la sangre helada? ¿Por qué noto esa acidez que me sube por la garganta mientras mis entrañas se precipitan hacia el suelo?

Cuando el obispo vino a visitar nuestra iglesia, rezó para que no nos aferrásemos a nada: ni a nuestros éxitos, ni a nuestra salud, ni a nuestra belleza, ni a nuestra inteligencia, ni siquiera a nuestros seres queridos. A nada; únicamente a Dios. Pensé que el obispo estaba loco. ¿Ni siquiera a nuestros

seres queridos?

Cuando mi padre vivía con nosotros solía decirme: «¿Por qué hablas tanto? Muestras demasiada seguridad para ser una jovencita. Sé más humilde, más callada, cálmate un poco».

Cuando en mis guardias les explicaba a los pacientes que la xenofobia estaba mal, la enfermera Agnes me decía: «¡Mara, doctora, *wena le dilo tše tša gago, tlogela man! O tlo ipakela mathata*^[11]».

Pero yo no escuchaba. Nunca escuchaba a nadie, ni siquiera al obispo. Siempre he sido demasiado exaltada. Me he empeñado en aferrarme a algunas cosas. Si me hubiese relajado y hubiese permitido que me penetraran, quizá no me habrían golpeado, quizá no hubiese durado tanto.

Hoy el padre Joshua ha vuelto a visitarme. Me ha ungido y ha rociado mi habitación con agua bendita. Le he contado lo que había pasado, todo, de principio a fin, sin ahorrarme nada. Quería que oyese todos los detalles escabrosos, y ver si su fe podía soportarlo. Ha rezado por mí, ha rezado por los hombres que me violaron, y te ha pedido que les perdones, «pues no saben lo que hacen».

No he dicho amén al final de la oración. No quiero que los perdones, Señor. Ellos sabían exactamente lo que hacían. Si al morir acabo en el cielo, no quiero encontrármelos allí, no quiero mezclarme con ellos. Esa no es la clase de cielo en que quiero estar.

Quizá si hubiesen estado borrachos me sentiría un poco mejor. Pero no lo estaban. No había una gota de alcohol en sus lenguas. Lo sé porque esas lenguas se metieron en mi boca y su saliva me bajó por la garganta. Estaban sobrios, despejados como la mañana. Sabían exactamente lo que hacían y lo hicieron con sumo entusiasmo. ¡Me odiaban tanto! Se notaba en sus ojos, en su aliento. Lo noté en su piel. Estaban furiosos conmigo. Dijeron que yo era una decepción, que en lugar de ayudar a los míos corría por ahí con *kwere-kweres*, los mismos *kwere-kweres* que estaban arruinando el país, robando nuestros trabajos y gastándose nuestras subvenciones. Sus hijos pasaban hambre por

culpa de esos extranjeros y yo empeoraba la situación. Las crías tontas y mimadas como yo necesitaban un escarmiento, para que todos viesan que la comunidad no vacilaba a la hora de castigar a los traidores. Dijeron que tenía suerte de que no me linchasen, como se hacía a los traidores durante el *apartheid*, poniéndome un neumático en llamas al cuello.

Ojalá lo hubiesen hecho. Ojalá me hubiesen matado.

Recuerdo que después entré en Urgencias, murmurando «enfermera».

Ninguna respondió. Ninguna levantó la cabeza para fijarse en que tenía la camisa rasgada, la boca partida, los ojos amoratados y las bragas manchadas y ensangrentadas. Lo intenté de nuevo:

—Enfermera.

Sin levantar la vista, la enfermera Palesa se limitó a señalar mi sala, me dijo que estaba llena de pacientes y que tenía que trabajar más rápido.

No conseguía recordar la letra de los himnos, los que me animaban cuando Nyasha y yo íbamos de camino al trabajo, los que me hacían sobrellevar las largas noches de guardia y me ayudaban cuando Dios parecía lejano y distante. Los himnos que Nyasha consideraba patéticos y que hacía que se avergonzase de mí. Los que mamá llamaba «música de blancos».

Intenté cantarlos mientras iba a los servicios para lavarme la cara, mientras me limpiaba las bragas con papel higiénico, mientras sacaba los historiales de los pacientes, mientras la sangre me bajaba por la entrepierna. Intenté que aquellas palabras brotasen de mi boca, pero lo único que salió fue un llanto mudo.

«Señor, mi Dios, al contemplar los cielos... Señor, mi Dios, al contemplar los cielos... Señor, mi Dios, al contemplar los cielos... Señor, mi Dios, al contemplar los cielos...».

Quería cantar las alabanzas a Dios, gritarlas pese a las circunstancias, pero mi lengua se negaba.

«Señor, mi Dios... Señor, mi Dios... Señor, mi Dios...».

Cuando se lo conté a la doctora Phakama, me dijo que estaba en la primera fase del duelo. Me dijo que tras una violación se sufre una pérdida del yo anterior y que es normal e importante experimentar el duelo. Me explicó que

hay cinco fases: negación, ira, negociación, depresión y aceptación, y que mi deseo de cantarle alabanzas a Dios cuando me acababan de violar era un ejemplo clásico de negación extrema.

Negación. Negación. Negación.

Una palabra extraña. El rechazo a admitir la verdad. ¿La verdad de quién?

No importó lo lista, lo cuidadosa, lo disciplinada que fuese. ¡Y lo era! Me tomaba una copa muy de vez en cuando, y solo me emborraché en la fiesta de Navidad, pero nada más. No he fumado un porro en mi vida, nunca me he drogado, no hice el amor con François aunque hubiese podido, aunque me apetecía. Me matriculé en Medicina y estudié disciplinadamente. Trabajaba mucho. Rezaba. ¡El cielo sabe que rezaba! Hacía ejercicio, usaba antiséptico de manos, hasta llevaba toallitas desinfectantes en el bolso. Iba con cuidado, hacía lo que tocaba. Pero el suelo se hundió bajo mis pies y caí, luego se cayó el cielo, luego todo el universo se desmoronó y me aplastó, el cielo, el suelo... y ni siquiera sé por qué.

Pienso en la enfermera de *El paciente inglés*. ¿Tal vez si me hubiese preocupado por mis pacientes como ella se preocupaba por los suyos...? Pero también se acostó con su paciente... ¿Es posible quererlos y dejarlos allí?? ¿Es posible quererlos sin que nos manchen el corazón? ¿Tiene sitio el corazón para todo su dolor (y el nuestro), para sus huesos rotos (y nuestra alma partida) para su malestar (y nuestra vergüenza)?

Me persiguen las caras de los pacientes que descuidé, que desatendí, que relegué, que ignoré. Esas caras me recuerdan a diario que recibí mi merecido.

Las sesiones con la doctora Phakama son una pérdida de tiempo. Quiere que haga ejercicios de relajación. Me obliga a sentarme con los ojos cerrados mientras me lee una hoja impresa y dice que me imagine andando sola por un

parque.

—Busca un lugar tranquilo donde no haya gente —lee—, donde puedas estar sola, donde nadie pueda verte ni tú puedas ver a otros. Busca un árbol, un árbol alto; siéntate, cierra los ojos y apoya la cabeza en el tronco.

¿Está loca? ¿Qué tiene de relajante estar sola en un inmenso parque desierto, debajo de un árbol?

Cuando se lo comento, me dice que tengo que usar la imaginación.

A saber de dónde se habrá descargado esa página. O quizá se la dio algún profesor de sus tiempos de estudiante, y desde entonces la ha utilizado con escasísima imaginación. ¿Dónde puede ser útil semejante técnica? Quizá en algún lugar de Europa las mujeres van solas a inmensos parques desiertos para relajarse, y se sientan debajo de un árbol con los ojos cerrados.

Desearía poder mirarme por dentro para ver si hay algo roto. Si no me falla la memoria, la vagina está recubierta de una mucosa escamosa, como el interior de la boca, por lo que supuestamente habrá cicatrizado bastante rápido. Aunque quizá no. Quizá está gravemente dañada, podrida, como esos cuellos del útero necróticos que han sufrido un aborto chapucero.

«Me violaron».

La doctora Phakama quiere que lo diga. Dice que me ayudará. Dice que si lo pongo en pasado podré superarlo.

Pero cuando se trata de nuestra propia vida y la estamos viviendo, la distinción nunca es tan clara. Me siguen violando incluso ahora, aunque no me estén violando. No sé cuándo se detuvo una y empezó la otra. Me violan.

Qué espesa tiene que ser nuestra sangre. ¡Contiene tantas cosas! Las historias recorren nuestras venas y suben a nuestro corazón infinidad de veces al día. Historias de hombres que entran en ciudades, de hombres en hombres, de hombres en mujeres, de mujeres en hombres, de niños en mujeres, de hombres en niños. Desconocidos que viven en las arterias de otros y comparten

intimidadas, comparten dolor, comparten ira, comparten odio, comparten resentimiento, comparten vacío.

¿Quiénes son estos terroristas que han invadido mi sangre, que han asaltado mi cuerpo?

Esta tarde mamá ha llegado exultante. Ha ido al piso para comprobar que la electricidad estaba desconectada y le ha parecido que Nyasha ya no vivía allí.

—Al menos este desastre ha traído algo bueno. Por fin esa chica de Zimbabue ha salido de tu vida.

Cuando le he preguntado por qué Nyasha no había venido a verme, me ha dicho que posiblemente seguía molesta porque la había apuñalado cuando chamuscó el picadillo de carne, pero ¿quién sabe con esos extranjeros? Cuando le he preguntado a qué se refería, de qué picadillo hablaba, me ha dicho que no me preocupase y que debía descansar y «olvidarme de esa chica».

¿La apuñalé? ¿Apuñalé a Nyasha, Señor?

—Depresión grave con rasgos psicóticos. Puede ocurrir, Masechaba, sobre todo con tu historial familiar. Eras especialmente vulnerable. No estás bien, pero te repondrás. Nadie puede culparte por lo que hace una mente enferma, y tú tampoco. Estoy segura de que tu amiga lo comprende y, por lo que me cuenta tu madre, en realidad no la apuñalaste, sino que fue más bien un pequeño corte, no demasiado profundo. Estas cosas le pasan a cualquiera. Sigue con tu medicación y mejorarás.

La doctora Phakama se cree una especie de profeta. ¿Qué sabe ella de mi historia familiar? ¿Cómo se atreve a utilizar a Tshiamo en mi contra? Esto no tiene nada que ver con él. Yo no soy como Tshiamo.

Y luego tuvo el coraje de decirme que existe un blog para mujeres como yo, para mujeres que han sufrido una violación en grupo.

«Violación correctiva», fue como lo llamó: una violación para corregir lo que

nuestra sociedad considera una conducta detestable. Dice que en nuestra sociedad los extranjeros no están bien vistos y que los hombres que me violaron quizá creyesen que mi comportamiento amenazaba las normas sociales, por lo que consideraron que era su deber escarmentarme. Me dijo que ya había ocurrido en las comunidades gays y lesbianas, pero nunca en el contexto de la violencia xenófoba. Me dijo que sería útil intentar comprender la procedencia de esos hombres. Me ayudaría a curarme. Lo había estado pensando, y creía que debíamos escribir un artículo científico al respecto, si me veía capaz. Claro que ella constaría como la primera autora, porque la idea era suya. Pero también se me reconocería la autoría.

Quise mandarla a la mierda, pero no dije nada. Simplemente decidí que nunca volvería a pisar su consulta.

¿Cómo esperan que no pierda la cabeza? Te desgarran una y otra vez, te penetran una y otra vez. Te transmiten enfermedades, verrugas, lombrices, granos, dolor, sangre y podredumbre que te sale del cuerpo. ¡De mi cuerpo! ¿Por qué? Por las minas de oro, te dicen, por los holandeses, porque en algún momento alguien les robó, porque no tuvieron padre, por Zimbabue y Shaka y el gobierno, por la xenofobia, el desempleo, el *apartheid*, el colonialismo, por la historia, por la serpiente, por Adán y Eva. Por todo y por nada. Porque pueden.

Porque sí.

Este es el problema de saber; de saber sin saber, de saber demasiado pero no lo suficiente para entenderlo del todo. Marañas y marañas de mentiras. La historia es un fraude; los historiadores la cambian según la época (¡su época!) y la memoria es frágil y poco fiable. ¿Y la verdad? Quién sabe. ¿Y la mujer? La primera tonta de la fila.

Hoy he llamado a Tshiamo para contarle lo que me había dicho la doctora Phakama. Que somos una familia de chalados: él, yo, papá, mamá, todos. Que me violaron como escarmiento. Que debía sentarme bajo un árbol del parque con los ojos cerrados para sentirme mejor.

«Hola, aquí Tshiamo Lebea. Ahora no puedo ponerme, por favor deja un mensaje y te llamaré lo antes posible».

Tshiamo siempre ha sido un mentiroso. Es incomprensible que después de casi dos años la empresa de telefonía no le haya desactivado el buzón de voz.

«Lo antes posible». ¿Cuántas veces me habrá dicho eso? «Lo antes posible». Le he dejado un mensaje tras otro en el teléfono, y «lo antes posible» no ha llegado. Ni llegará jamás.

Mamá ha llamado a la doctora Phakama para decirle que me había sorprendido «telefoneando a mi difunto hermano». Le preocupa que ya no quiera ver a la doctora y me ha dicho que como siga así acabará internándome a la fuerza en Sweet Rivers. Cuando no he respondido, se ha echado a llorar. Me ha dicho que la locura no le quitará otro hijo. Que mi problema es que me creo muy lista y nunca escucho a nadie.

¿Y qué le respondo, a ver? Si intento defenderme, solo consigo corroborar lo que dice.

A lo mejor está en lo cierto. A lo mejor me creo muy lista.

Lo que me irrita es tener que explicarme. La doctora Phakama siempre quiere una explicación; debo explicar todo lo que digo. ¿Por qué esto? ¿Por qué aquello? ¿Por qué siempre hay que explicar? ¿Por qué la gente no entiende que algunas cosas no tienen explicación? Por ejemplo, ¿por qué durante toda la semana han estado sonando campanas a diferentes horas y en diferentes iglesias, o quizá dentro de mi cabeza? ¿O por qué el vinagre tiene un olor tan intenso pero un gusto tan sutil, de manera que por mucho que aderece los platos, debo tomarlo a cucharadas para notar el sabor?

No estoy loca. Simplemente estoy cansada.

Según la doctora Phakama, mis genes llevan toda la vida huyendo de la enfermedad mental. Quizá finalmente me haya alcanzado.

Pobre mamá. Primero Tshiamo, luego yo. Tshiamo era idiota, no tenía un

motivo lo bastante bueno. ¿Por qué estaba tan atormentado, a ver? ¿Por qué no podía aguantarse e ir tirando como todos los demás? Si él hubiese estado aquí, quizá nada de esto habría pasado.

Me alegro de que Tshiamo esté muerto. Lo de mi violación le habría matado. Siempre tuvo un corazón demasiado pequeño. Solo le cabían sus propios problemas, los de nadie más. Además, no me gustaría que Tshiamo se compadeciese de mí. No quiero que nadie me compadezca.

¡Señor, hay tanto dolor en mi corazón! Si pudieras sostenerlo por mí, ni que fuese un momento, mi agotada alma podría descansar y mi cansado cuerpo sería capaz de recuperarse.

¿Fue porque trabajaba en domingo y no guardé el shabat? ¿Fue porque quebranté uno de tus diez mandamientos? No me quedaba más remedio. Había un calendario de guardias que tenía que cumplir. ¿Quién era yo para no trabajar en domingo cuando todos los demás lo hacían? Los discípulos de Jesús recogieron trigo en shabat, y él les defendió. ¿Por qué no me defendió a mí? ¿Es porque no soy lo bastante buena? Dices que nos quieres a todos por igual pero no es así, quieres a los demás de manera distinta. Les quieres más. ¿Por qué no me defendiste, Jesús?

Esta mañana me he mirado en el espejo. Me he plantado delante con la toalla en los pies para ver qué me han hecho. Mi cuerpo no ha cambiado. En el meñique del pie izquierdo sigo teniendo esa uña deformada, como una piedra rugosa que no puedo pintar con esmalte de uñas. Mis ojos continúan igual. Creo que tengo ojeras, pero probablemente ya estaban antes. No hay heridas ni moratones. Las marcas han desaparecido. Solo noto unos retortijones, pero puede que sea dolor premenstrual. Por lo demás, estoy exactamente igual. Si no lo contara, nadie se enteraría.

Si al menos me hubiese convertido en una especie de heroína o de mártir, si al menos me entrevistaran en las noticias, si hubiera escrito un libro y la gente llorase al leerlo, si al menos las Naciones Unidas me hubieran nombrado embajadora o el comité del Nobel me diese un premio... Pero no ha ocurrido eso. El mundo no se ha enterado, ha seguido como si nada. La gente ha continuado subiéndose a sus coches para ir a trabajar. Han seguido comprando, comiendo, riendo, amando, jugando y bebiendo vino. Mientras me partían la carne en dos, luego en cuatro, luego en ocho pedazos, la gente se casaba, la ascendían, la premiaban.

Mamá ha vuelto de la iglesia con nuevas ideas. Ha dicho que no debemos subestimar el mal. El diablo nunca duerme, está hoy tan activo como en tiempos del *apartheid*. Dice que simplemente ha aprendido a disfrazarse mejor, que se pone máscaras para que no podamos identificarlo tan fácilmente. Hasta la gente que se presenta como amiga puede estar usando las malas artes del diablo para quitarnos los dones que nos ha concedido Dios. No debemos pasar por alto que nuestro éxito puede provocar la envidia en los demás. Hasta la gente que creemos que nos quiere, hasta nuestros amigos, hasta nuestros mejores amigos. Pueden engañarnos, maldecir nuestras vidas y robarnos nuestra alegría.

—Mamá —replico, porque ya sé por dónde va—: Nyasha no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

—Lo único que digo, Masechaba, es que de ahora en adelante te protejas de esos extranjeros. Sé que tienes un gran corazón y que te compadeces de ellos, pero no son como nosotros. Tú crees que los conoces, pero ¿cómo puedes conocerlos de veras, a menos que vivas en su país y veas cómo actúan? Peleamos por aquello que tenemos. Hace trescientos años, Masechaba, peleamos contra los colonizadores. Y, por si fuera poco, tuvimos que pasar otros cincuenta años luchando contra los afrikáners. ¿Y ahora esa gente quiere venir a robarnos el fruto de nuestra lucha? ¿Crees que a esa chica le gustaba ver lo fácil que era todo para ti? Ella tiene que superar exámenes extraordinarios y pasarse más años trabajando en el sector público mientras tú

asciendes. ¡Claro que le molestaba! Quizá le molestaba tanto que envió a esos hombres para que hicieran lo que te hicieron.

Mamá necesita un motivo. No la culpo. Yo también lo necesito. Algo que dé sentido al absurdo, algo a lo que atribuir el dolor.

—Vale, mamá, dejaré de hablar con Nyasha. Ya no seré su amiga.

Tampoco le mentía. No sabía nada de Nyasha desde el incidente del picadillo y sospechaba que nuestra amistad había acabado tras el supuesto apuñalamiento. Probablemente tendría que haberla llamado para disculparme, pero estaba enferma y con mis propios problemas. Mamá me dijo que no la había herido de gravedad. Joder, además la violada era yo, por lo que si había que dar apoyo moral a alguien, era a mí.

Cuando aquella noche —la «noche de la violación», como la doctora Phakama insiste en que la llame— volví a nuestro piso, Nyasha me dijo que no debía contarle a nadie lo ocurrido, que eso solo daría más munición a los blancos, que así podrían mirarnos despectivamente y declarar: «¿Veis? Ya os dijimos que erais unos animales». Me dijo que la policía se encargaría del asunto y que no debía permitir que los médicos blancos me inculcaran un sentimiento de autocompasión. Dijo que nuestro país estaba creciendo y ajustándose, y que estas cosas se calmarían con el tiempo. Dijo que sentía lo que me había pasado, pero que debía sobreponerme, ser como los fundadores de la nación y sacrificarme por la causa.

Recuerdo que me puse furiosa. ¿Por qué Nyasha no podía olvidarse de su enfado ni que fuese un instante, cuando yo, su amiga, su hermana, necesitaba tanto que lo dejase de lado y me apoyara? Siempre estaba tan cargada de buenos argumentos, de deudas pendientes y de antiguos agravios, que no le quedaba sitio para nada más.

Para variar, no respondí. La quería y no deseaba decepcionarla; ni a ella, ni a la causa, ni al país o sus fundadores. Quizá ni siquiera me habían violado y solo me inventaba excusas para justificar lo mala que era.

Estaba cansada, y cocinar después de un turno de noche nunca es fabuloso. Pero la mujer de la farmacia me había dicho que comer me ayudaría a aliviar las náuseas asociadas a la profilaxis con antirretrovirales.

Yo misma había escrito la receta, aquella que había prescrito tantas veces a tantas mujeres que hasta podía anotarla en sueños. Y ahora tenía que ponerme a cocinar, pero Nyasha hablaba sin parar, explicándome que nosotros, los sudafricanos, y el resto del continente nos odiábamos por culpa de los blancos. Ellos nos habían enemistado y ni siquiera en momentos como este debíamos permitir que nos vencieran. Mientras hablaba y hablaba, y mis náuseas iban en aumento, empecé a preocuparme por si había confundido las dosis o había pasado algo por alto. ¡Y ella seguía hablando! La oía de forma intermitente, hasta que empezó a dolerme la cabeza. «¡Calla!», quise decirle. «¡Cállate de una vez, joder!». Olía el picadillo que se quemaba en la cocina y me entraban ganas de vomitar, pero no podía acercarme porque Nyasha se interponía, hablando sin cesar. Si la apuñalé, es culpa mía. Solo quería que se callase.

Siempre pensamos que lo veremos venir, pero no es así. Quizá es porque a la gente le gusta decir que se lo olía, que la noche anterior había tenido un sueño premonitorio o había notado un escalofrío. No me lo creo. Creo que el día que te alcanza un rayo es el mismo día que te preocupa un pedacito de piel levantada en el dedo, diminuto, tan chiquitito que no puedes ni arrancártelo con los dientes.

Y al recordarlo intentas descubrir si hubo señales, corazonadas. Quizá las hubiese, o quizá te las inventas sobre la marcha, buscándolas en sitios por los que sabes que nunca has pasado, mirando bajo el sofá o debajo de las piedras. Es un ejercicio inútil. Algunas cosas se nos escapan por completo.

A veces lo olvido. Me pierdo en la línea de bajo de una canción o en el aroma de la citronela. Entonces soy como cualquier otra persona. Pero luego me pregunto: «¿Por qué estás tan contenta? ¿No te olvidas de algo?». Busco y busco, hasta que me acuerdo: Ah, sí; me violaron.

Supongo que, hasta cierto punto, siento alivio. Solía preguntarme qué

desgracia me tocaría, cuál sería mi montaña, mi valle, mi sombra, mi noche oscura del alma. Ese acontecimiento terrible que nos aguarda a la vuelta de la esquina y nos pilla desprevenidos, que hace que nuestro mundo se desmorone y que tiemble el suelo que nos sostiene. Antes mamá me decía: «No seas tan negativa. No deberías pensar así, no va a pasarte nada. Confía en Dios. Estás paranoica. Déjate de tonterías. ¿Otra vez premenstrual?».

Tras la muerte de Tshiamo dejé de preocuparme. Ya me había tocado mi ración de sufrimiento, ya había catado el amargo cáliz del dolor, ya me habían partido el corazón. Pensé que Dios pasaría a ocuparse de otros, al menos durante una temporada.

Pero tienes tu reputación, Señor. Y decidí que si el sufrimiento volvía a interponerse en mi camino, no permitiría que acabase conmigo. Si era leucemia, escribiría unas memorias; si era el VIH, me haría activista. Si conocía el amor de mi vida y se moría justo antes de nuestra boda, me tomaría los veintiún días de baja que me quedaban, lloraría tres semanas en la cama y luego me levantaría para volver al tajo. ¿No es así como debemos tomarnos las cosas? De una forma lógica, racional, sensata. Porque aunque intente convencerte o negociar, no hay garantías. No existe ninguna relación entre la dosis y la respuesta: un determinado número de oraciones no asegura resultado alguno. No, contigo no; nada de eso. Después de lo de Tshiamo creía que el duelo ya no podría vencerme. Me parecía imposible experimentar más dolor. Como había sobrevivido, creí que podría sobrellevar cualquier otra desgracia que me infligieras. Pero mientras yacía en el suelo de ese pasillo oscuro y la sangre se acumulaba lentamente alrededor de mis bragas, lo único en que podía pensar era: potasio, 7,46% en el frasquito de 10 ml, 20% en el frasquito de 20 ml y no el suficiente en la solución preparada para provocar una arritmia mortal.

Si lo ocurrido me ha enseñado algo, es humildad. Creo que era muy engreída. Me consideraba especial, inmune, excepcional; a mí no me pasaban esas cosas. Pues no. Solo soy otra más en la estadística sudafricana de violaciones. Mi historia no tiene nada de extraordinaria, ocurre en todas partes, a diario. No importa que tenga estudios superiores, que sea doctora, que iniciase una

petición que salió en los periódicos.

Tengo vagina. Eso es lo único que importa.

Hay quien dice que en ciertos momentos de la historia las mujeres gobernaron el mundo. Son los mismos que aseguran que en algún momento de la historia los negros gobernaron el mundo. Disparates. Incluso fisiológicamente es improbable que alguna vez las mujeres mandasen a los hombres. La fuerza física siempre ha inclinado la balanza. Notar en el pecho el peso de un hombre, de varios hombres, uno tras otro, te vacía los pulmones. Aunque seas más inteligente, con ellos encima no te llega el oxígeno al cerebro. Es imposible. Intentad imaginar un país gobernado por las mujeres que conozco. Mamá, Nyasha, yo. Mamá alzándose y cayendo con las sombras, Nyasha maldiciendo la historia, y yo, rota y ensangrentada. Sería de chiste.

Esta mañana hemos regresado a la comisaría. Me han mostrado la declaración inicial y me han explicado que siguen trabajando en el caso. He querido decirles que lo anotaron todo mal, que los hombres no dijeron: «¿Y ahora dónde están tus amigos?» sino: «¿Y ahora dónde están tus amigos *kwere-kweres?*». He querido indicarles que lo que me obligaron a abrir fue la boca, no los ojos, y que primero uno me metió el pene dentro y tuve que chupárselo porque estaba asustada. No anotaron que fue como si algo me desgarrara por dentro. Les había dicho que el segundo o el tercer pene rechinaba en mi vagina como un tenedor contra un ladrillo, pero tampoco lo habían anotado. La declaración que el policía había redactado y reinterpretado estaba escrita en una cuartilla arrancada de un cuaderno. ¿Por qué había usado tinta azul y no negra? En la Facultad de Medicina me habían enseñado que debía usar tinta negra en los documentos oficiales.

Tendría que haberlos corregido. Y tendría que haberles dicho que creía que uno de los hombres era el guardia que distribuía las llaves de los consultorios, y que otro quizá fuese la voz de la centralita que siempre sonaba como si pudiese verme desde el otro extremo de la línea, que siempre parecía querer añadir algo más pero nunca hablaba mientras me transfería de

Urgencias al quirófano o al ambulatorio. Pero la comisaría olía a orina y el policía a alcohol, y no quería disgustar a mamá. De modo que no dije nada.

El abogado que vimos después me preguntó por qué aquella mañana ninguno de mis colegas me notó diferente.

—¿Diferente cómo? —le pregunté.

—Si acaban de violarla, señora, no vuelve al trabajo como si nada. Y si lo que hace, los demás la verán distinta, a menos que esté muerta por dentro.

A lo mejor estoy muerta por dentro. O a lo mejor soy simplemente pragmática. No te echas a llorar en el quirófano. No puedes dejar que tus lágrimas no estériles caigan sobre un abdomen abierto. Ni tampoco puedes llorar entre casos. Los pacientes necesitan goteros, hay que recoger los análisis de sangre, hay que pautar medicación para el preoperatorio. Y cuando llegas a casa hay que ducharse, vestirse, comer, estudiar e intentar acostarse temprano y recuperar algo de sueño para el turno del día siguiente. ¿Cuándo hay tiempo para llorar? Se llora los domingos en la iglesia si una es lo bastante afortunada para tener el día libre. Llorar es un lujo que casi nunca nos podemos permitir.

—¿Diferente a qué? ¿Le parece que me lo estoy inventando? ¿Por qué me inventaría algo así? ¿Cree que estoy loca?

Mamá me dijo que no gritara. El abogado solo pretendía aclarar la secuencia de los acontecimientos. Aquello era muy confuso para todos y no debía enojarme tanto. Nadie quiere ofenderme. Solo quieren comprender lo que ocurrió para poder ayudarme.

Si eres médico aprendes a soportarlo todo. Como introducir los dedos en una vagina llena de pus sin arrugar la nariz. Como mirar a una madre a los ojos y mentirle sobre el bebé que se le muere dentro. Como limpiarte sin vomitar el líquido amniótico infectado que te cubre la cara. Aprendes a trabajar con personas difíciles, con locos, con muertos. Aprendes a mantenerte en pie y no desfallecer. A ignorar las críticas y almorzar entre disecciones de cadáveres. Por eso, mientras yacía en el suelo, pensé: «Vale, esto es malo, malo de verdad, pero solo durará unos minutos, quince como mucho. O sea, quince minutos de tu vida. Olvídate de que ha pasado, no permitas que esos quince

minutos te persigan para siempre».

Casi nada dura para siempre. Todo se diluye, desaparece. Hay cimas y valles, luego más cimas, pero siempre más valles. A algunas personas les resulta emocionante y utilizan palabras como «aventura». Lo único que sé es que solo espero que termine de una vez. Luego, por lo visto, todos iremos a un lugar tranquilo donde nuestros seres queridos se encuentran seguros, felices y cercanos, donde conoceremos al hombre más famoso del mundo que a su vez conoce nuestro nombre de pila y también todos nuestros secretos, cada pelo de nuestra cabeza, los olores que intentamos ocultar con perfume, las cicatrices de nuestro rostro que cubrimos con maquillaje, la mugre de nuestra espalda allá donde no alcanzamos. Y Él nos quiere a todos por igual, dice el padre Joshua. Nos quiere a morir.

Ojalá hubiese un modo de saltarse todo esto y llegar directamente a ese lugar.

Cuando me encuentre allí con Tshiamo, antes de besarlo y abrazarlo pienso darle un bofetón. Antes lo abofetearé por el dolor que me causó al ser tan egoísta y cruel. Antes lo abofetearé por ser un cobarde, por salir huyendo, por no pensar en nosotros, por pensar únicamente en él y en su propio dolor. Pero luego lo abrazaré y lo besaré, porque incluso ahora le echo de menos. Le sigo echando de menos como si nos hubiese dejado ayer. Le echo de menos pese a odiarle por lo que hizo.

A Tshiamo nunca le gustó que lo tocara. Nunca dejó que le tomase de la mano, ni siquiera me dejaba apoyar la cabeza en su hombro. No importaba que estuviera cansada y me doliese el cuello; me decía que no le gustaba, que se acaloraba.

Me ofendía. Tenía la sensación de que no me quería. Yo necesitaba que me abrazase, que al menos me estrechase la mano. A veces, los viernes por la noche en que veíamos la tele en el sofá, fingía olvidarme, fingía dormir y no

darme cuenta de lo que hacía. Pero él seguía rechazando mi cabeza y apartándose. Supongo que lo sabía. Supongo que sabía lo que él y todos los hombres son capaces de hacer.

Pensaba que quizá me rechazaba porque yo olía a sangre, a sangre estancada, como el pescado. ¡Cuánto deseaba que mamá me permitiese usar tampones, para no oler tan mal! Creía que quizá esa era la razón de que Tshiamo no me quisiera a su lado.

Esta mañana me he armado de valor y he llamado al laboratorio para preguntar por mis resultados. La mujer del teléfono ha tardado mucho en encontrar mi nombre en la base de datos. Se lo he tenido que deletrear dos veces y luego darle mi número de historial. Cuando me ha dicho «todo bien», al principio no he entendido a qué se refería.

—¿Todo bien? —he preguntado, algo molesta por el uso liberal de la palabra «todo».

Y ella ha vuelto a decirlo.

—Todo bien. Todo está normal. Seronegativa, o sea, nada de VIH, *sisi*.

Tenía prisa. Probablemente yo era una más de los mil médicos que la habían llamado aquel día, y me tomaba por otro caso de lesión percutánea. De todos modos, no había razones para ser maleducada.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Todo bien. Resultado negativo, no ha habido seroconversion.

—Bien, gracias.

—Pero ve con cuidado la próxima vez. Este año hemos tenido dos casos positivos. Vosotros, los médicos, tenéis que ser más escrupulosos.

Luego colgó.

Hoy hace ocho semanas. Hace ocho semanas que ocurrió.

No me quedan fuerzas para luchar. Me he rendido por completo a la física, a la química y a las moléculas de plegarias no atendidas que se alejan flotando sobre mi cabeza. Nada quiero y he aceptado que nada me quiere a mí.

Tampoco aguardo, ni deseo. Ni desconfío ni espero. Tan solo soy.

Aquí, en casa, las mañanas son silenciosas, nada que ver con el hospital. Aquí nadie canta. Con la muerte de Tshiamo mamá se marchitó, como las espinacas cuando hace calor. Se mueve sin hacer ruido, aparece de la nada, se sienta sola, a oscuras, durante horas. Aquí no hay plegarias matinales, ningún gran amén. Esta casa no huele a nada. Ni a lejía industrial para desinfectar el suelo, ni a jabones perfumados traídos como obsequio por familiares de visita, ni tampoco hay campanas que acompañen de vuelta a casa. Aquí no hay nada.

Lo echo de menos.

Jamás creí que me sentiría así, que lo echaría de menos. Me refiero al hospital. Quizá lo que añoro es sentirme útil de una forma palpable, aunque sea de forma inútil. Quizá lo que añoro es tocar a la gente. Tomar el pulso diez, doce, veinte veces al día. Pulsos débiles, pulsos acelerados, pulsos resonantes, pulsos que se apagan por la mañana, por la tarde, por la noche. Quizá sean los olores: nacimiento, muerte, jabón, heces, café, alcohol, constantemente. Es lo más auténtico que conozco. Lo único auténtico que conozco.

Estas últimas semanas el dinero ha escaseado y no hemos podido pagar la luz. He consultado en Internet cuánto tardan en cortar el suministro, porque todavía conservo los datos móviles. Me siento culpable por pedirte ayuda, Señor, pues tengo trabajo y soy capaz de ganar dinero. Pero estoy demasiado asustada para volver.

Después de cinco meses de baja por depresión, recibí un correo electrónico donde se me advertía que dejarían de pagarme si no me reincorporaba al trabajo. Al cabo de unas semanas llamó una mujer de Recursos Humanos preguntando por mí.

—¿Su hija sabe que debe terminar la residencia durante los tres años posteriores a su licenciatura? Tendrá que repetir los exámenes finales si no vuelve al trabajo.

—¿Qué clase de persona es usted? ¿Tiene la menor idea de lo que le ha pasado a mi hija? —gritó mamá al teléfono.

Mamá insistió en que volvería cuando estuviese preparada. Que no importaba si dejaban de pagarme el sueldo.

Claro que nos importaba.

Creía que todos los problemas estaban ahí fuera: el hospital, las enfermeras, el director general, los administrativos, el laboratorio, el banco de sangre, los camilleros, los guardias de seguridad, la dietista, el fisioterapeuta, el terapeuta ocupacional, los médicos, los internos holgazanes, los gatos, las limpiadoras, los ratones, la comunidad, los miembros de la junta directiva, el ministro, el gobierno, el presidente, el país, el mundo. Creí que si me escondía aquí estaría a salvo. Sin embargo, al parecer los problemas me han seguido hasta casa, hasta donde me crie, y han conseguido entrar en el dormitorio que compartí con Tshiamo cuando éramos pequeños y no sabíamos que él era un niño y yo una niña.

«Chaba, ¿permitirás que esos capullos ganen? ¡Levántate, lávate la cara y volvamos a nuestras vidas de siempre!», me diría Nyasha. O: «Chaba, ¿cuándo te bañaste por última vez? ¡Hueles a mierda! ¡Arriba, encontraremos a esos cabronazos y los joderemos vivos!». O: «Chaba, dale la vuelta a esto. ¡Sé la vencedora, no la víctima!». O alguna chorrada así. Ya conoces *mos* a Nyasha, Señor. Es lo único que sabe hacer. Hablar, hablar, hablar. ¿Dónde estará ahora?

De no ser por ella, nada de esto habría ocurrido.

Esta mañana mamá me ha pedido que la acompañase al centro comercial Hillside. No había comida en la nevera ni tampoco dinero en nuestros

bolsillos, pero aún quedaba combustible en el coche. Creo que mamá quería ver qué podíamos comprar con esa nada que teníamos.

Nada más entrar en el centro comercial he visto un billete de 200 rands en el suelo. He notado que la mujer blanca que teníamos delante rebuscaba en su bolso y que probablemente se le habría caído a ella, pero al ver la velocidad con que mamá lo recogía para guardarlo en el bolso, no he dicho nada.

Sabía que mamá también había visto a la mujer blanca, por lo que cuando ha dicho: «¡Hoy es nuestro día de suerte!» me he limitado a sonreír. Mamá no cree en la suerte; eso es cosa de paganos. Mamá cree en Dios, *Badimo*, las bendiciones y los milagros.

Me he sentido culpable por habernos metido en la situación en que mamá, una devota fiel que venera a los antepasados y cita las escrituras, se ve obligada a robar.

Tengo que volver al trabajo.

Pero ¿y si no me acuerdo de nada? ¿Y si alguien me pregunta quién soy? ¿Y si quieren saber dónde he estado? ¿Y si un paciente sufre un infarto y debo actuar? ¿Y si no puedo moverme, ni hablar, ni pensar? ¿Y si empiezo a sangrar? ¿Y si esos hombres se enteran de que he regresado y vuelven a por mí?

¿Y si echo a perder mi segunda oportunidad?

Son las cinco de la mañana.

Ahora las enfermeras del turno de noche se levantan, encienden las luces, apagan las estufas y recogen las sillas que han usado como cama. Los pacientes empiezan a despertarse. Suenan las alarmas de los móviles en los bolsillos de los médicos jóvenes e ingenuos que esperaban dormir durante la guardia nocturna del viernes, dormir tanto como para necesitar activar las alarmas. A las madres que han dado a luz se les conduce a la planta baja, a una sala provisional, mientras sus sábanas ensangrentadas se lavan para la siguiente hornada de ansiosas futuras madres que esperan en los bancos mientras sus bebés se esfuerzan en salir al mundo. Se anotan, calculan y

modifican las estadísticas de la actividad nocturna. Se envuelven en plástico lo cuerpos de los que han fallecido durante la noche y los camilleros se disponen a trasladarlos al depósito antes de que enfermeras y médicos inicien el turno de mañana. El guardia de seguridad está en la puerta, silbando.

Es un nuevo día.

No puedo quedarme aquí tumbada para siempre. Tengo que levantarme y superar esto. Es absurdo prolongarlo más.

CUARTA PARTE

«Tú eres mi Señor; ningún bien tengo fuera de ti».

Salmos 16:2

Noto unos latidos en el vientre, como si mi corazón se hubiese precipitado al fondo del tórax de puro cansancio. Resulta que las sacudidas esporádicas que sentía últimamente proceden de un cuerpo ajeno, un bebé diminuto que vive, crece y se desarrolla en la oscuridad.

Después de la violación tuve varios periodos, como era habitual. Supongo que se trataba más bien de unas manchas que de sangrado propiamente dicho. Pero ¿qué me importaba a mí entonces un poco de sangre vaginal? No era ninguna novedad y, además, tenía problemas más acuciantes. Me acababan de violar. En aquellas primeras semanas, ¿quién podía decirme si mis vómitos se debían a los antirretrovirales o a los antipsicóticos?

Nadie se atrevía a sacarme de la cama. No presté atención a mi falta de energía, ni a mi ausencia de apetito, ni a las náuseas que sentía en cuanto miraba el desayuno. ¿Qué más me daba? ¿Qué más me daba todo? Yo solo quería morirme.

Soy doctora. Tendría que haberlo pensado, tendría que haberlo sospechado, tendría que haberme planteado la posibilidad de que estaba encinta. Pero no lo hice. Ni se me pasó por la cabeza que podías ser tan cruel.

Nunca se me ocurrió que podía estar embarazada hasta que la pequeña se movió como un pulso en mi vientre.

Me había sometido a tantos procedimientos para aplacar mi colérico útero que nunca me había planteado la posibilidad de un embarazo. Un médico indignado, a quien le parecía increíble que me hubiese sometido tan joven a

una ablación endometrial, me había dicho que quedarme preñada era tan improbable como peligroso.

De modo que cuando la vi en la primera ecografía, con el corazón latiendo a 140 pulsaciones por minuto, el cuerpo perfectamente formado y el pulgar dentro de la boca... no me lo creí. No me creí ni a la doctora ni a la estudiante que me sonreía de oreja a oreja y quería felicitar me con un abrazo.

¿Un bebé? ¿Yo iba a tener un bebé?

Vi que mamá tampoco daba crédito, porque no abrió la boca durante todo el trayecto a casa. Nos entregaron una copia de las ecografías y una tarjeta con la fecha de las visitas sucesivas para llevar a cabo un sinfín de pruebas, pero en las semanas siguientes se quedaron en el salpicadero del coche, intactas, allí donde las habíamos dejado en ese primer viaje al hospital.

Perdimos nuestro seguro médico por impago y tuve que parir en el hospital regional de Amogelang. Estaba petrificada, por supuesto. Esperaba lo peor: Una cucharada de mi propia medicina, que me pagasen con la misma moneda. Sin embargo, me atendió un hombre amable de gran corazón. Se presentó como doctor Haffejee y, cuando se sentó a mi lado y sacó un historial de su túnica blanca y vaporosa, me pareció un ángel enviado por Dios. Se sorprendió un poco cuando admití no haber acudido al médico hasta el tercer trimestre de embarazo.

Le expliqué que no lo sabía, que no lo creía, que ni me había planteado que fuese posible porque sangraba mucho, y que me había sometido a una ablación endometrial poco antes de cumplir los veinte años. El médico posó una mano en mi brazo y me dijo que no me preocupase. Fue tan reconfortante que me eché a llorar.

Le expliqué que el bebé era fruto de una agresión sexual, que ocurrió durante una guardia hospitalaria y que había estado demasiado asustada para contárselo a nadie salvo a mi compañera de piso, a la que luego apuñalé, por lo que me recetaron antipsicóticos y antidepresivos. Le expliqué que yo misma me había recetado la profilaxis *post* exposición utilizando un formulario del historial de una paciente que destruí en cuanto me suministraron la medicación. Ya no estaba segura de si había tomado la píldora del día

después, si me la había recetado o lo había olvidado, si la había tomado pero la había vomitado, o si la había tomado sin que surtiera efecto. Aquellos primeros días me sentía demasiado enferma, tanto física como psicológicamente. Apenas recordaba nada y había muchos interrogantes, pero ¿cómo era posible, si ni siquiera tenía endometrio?

Me dijo que no debía ser tan dura conmigo, ni sentirme culpable. A los médicos no nos forman para cuidar de nosotros mismos, sino solo para cuidar de los demás. Aquella noche el sistema me había fallado. Alguien tendría que haberse percatado. Alguien tendría que haber notado que yo no estaba bien. Me dijo que un sangrado leve a inicios del embarazo no es infrecuente, incluso para un útero sano y normal, pero con mi historial de ablación endometrial tenía un riesgo más elevado de sufrir sangrados recurrentes a lo largo de todo el proceso y era una suerte que hubiese podido prolongarlo hasta aquel punto.

No estaba segura de que «suerte» fuese el término adecuado, pero era un hombre tan agradable, tan bueno, que no quise perturbarlo con mis suspicacias respecto a la nueva vida que traería al mundo en menos de veinticuatro horas.

Explicó que tendrían que provocarme el parto por cesárea debido al riesgo de ruptura uterina. La operación estaba programada para aquella tarde. Muy pronto aparecería una enfermera para prepararme para el quirófano, y lo único que debía hacer era descansar, relajarme y dejar que ellos se encargasen de todo.

No recuerdo haber sentido nada. Ni en mi cuerpo, ni en mi corazón. Todo en mí estaba entumecido: los dedos de los pies, mis piernas, mi alma. ¿Y si tenía la misma cara del que me había mordido la lengua, del que se había echado a reír cuando rompí a llorar...?

Pero no se parecía a nada; era como una página en blanco, como un nuevo inicio. Mi nuevo inicio.

Me alegró que la pequeña fuese de tez clara. Al menos Dios le había concedido eso. Tener la piel muy oscura, sumado a lo otro (ser fruto de una violación) habría sido excesivo.

Pero mamá también nos arrebató aquello. No podía callarse y disfrutar de la inesperada claridad de su piel.

—Se le ve en las orejas que será negra como la noche. Las orejas siempre indican el verdadero color. Este tono claro no durará.

Me pregunté cuál de los tres sería su padre. ¿El que eyaculó antes de que le diese tiempo a penetrarme? o el que gritó: «¿Dónde están ahora tus amigos *kwere-kweres?*». ¿O quizá aquel al que le asomaba la barriga por debajo de la camiseta a rayas?

¿O eran todos? ¿Sería posible? ¿Podían *todos* ser su padre?

¿Es posible que la pizca de bondad que albergaba cada uno de ellos (pues no hay bondad en todos nosotros) se hubiese unido para crearla, para desafiar sus malvadas intenciones, para burlar sus malvadas intenciones, para destruir sus malvadas intenciones?

¿Es eso posible?

—No te preocupes —le dije a la pequeña—. No te preocupes por nada.

Me he pasado toda la vida preocupándome. En primer curso me preocupaba no aprender nunca a leer. Luego me preocupó no tener amigos, después morir desangrada. No pasaba ni un día sin que me preocupase. ¿Sería capaz de aprender a conducir? ¿Me enamoraría alguna vez? ¿Se enamoraría alguien de mí? ¿Algún día volvería a ser feliz?

Cuando la comadrona me preguntó si quería decirle algo al bebé antes de llevárselo a la uci de neonatos, lo que le dije fue:

—No te preocupes. No te preocupes por nada.

¿Le contaré lo de su(s) padre(s)? No lo sé. ¿Cómo le explico la violencia? ¿Y que la quiero aunque sea el fruto de una violación? ¿Qué ha sido lo peor y lo mejor que me ha pasado en la vida? ¿Qué quise morir por su concepción, pero que su vida me obligó a vivir?

La llamé Mpho porque eso es lo que es, porque no es culpa suya, porque no se merece esa mácula en su futuro, porque me niego a que nadie le diga, o me diga, lo contrario. Ella es mi moho, mi regalo.

Me habría gustado que Nyasha conociese a Mpho. Las dos son unas luchadoras. Pero cuando tomé la baja por maternidad, Nyasha y yo dejamos de hablarnos. Mamá tampoco la invitó a la presentación del bebé. Y después yo estaba tan ocupada todo el tiempo... Supongo que esperaba que me llamase, o que al menos me enviara un mensaje de texto. No estaba enfadada.

Comprendía que la gente no sabía cómo reaccionar, si felicitarme o darme el pésame. Y el paso del tiempo cimentó la grieta que se había abierto entre nosotras.

Cuando volví al trabajo después de la baja por maternidad, la enfermera Agnes me dijo que Nyasha se había marchado a Canadá. Después de obtener el título, se había apuntado a una agencia que le encontraba trabajo haciendo sustituciones. Allí pagaban bien y tenía posibilidades de acceder a una plaza permanente.

—¿Canadá?

—Ya sabe, *mos*, lo difícil que es para estos extranjeros vivir en Sudáfrica, doctora. Todas esas tonterías xenófobas acaban por hartarles. ¿Nyasha no se lo había dicho?

La enfermera Agnes notó lo ofendida que estaba. ¿Se había marchado a otro país sin siquiera despedirse? Me dijo que no me lo tomase a mal, que todos sabían lo difícil que era para los médicos extranjeros encontrar empleo y que quizá Nyasha se había cansado de que los sudafricanos la acusaran de que les robaba el trabajo.

—Ya sabe, *mos*, como son las cosas, doctora.

—¿Canadá?

—Seguro que tuvo que irse a toda prisa, doctora. Estoy convencida de que la llamará. *Yoh*, los traslados son una locura. ¡Y además a otro continente! Cuando me mudé a Arabia Saudí, estaba tan atareada que me pasé dos semanas sin llamar a mi hijo. ¡Mi único hijo! Pasé dos semanas sin llamarle.

—Pero... ¿Canadá?

—Le llamará, doctora.

Nyasha es increíble. Después de todo lo ocurrido se marcha sin despedirse. Y no a Nigeria o a Kenia, ni siquiera de vuelta a Zimbabue, sino a

un lugar anodino donde vivirá una vida anónima como un número más en la estadística de fuga de cerebros. Lo único que sé de Canadá es que hace tanto frío que cuando los niños esperan en autobús escolar se les hielan las pestañas.

¿Por qué no se tomó un descanso si estaba agotada? ¿Por qué no se fue de vacaciones a Canadá y luego volvió? O, si tenía miedo, ¿por qué no se quedó en casa un par de días, o incluso semanas? Una excedencia. Todos sabemos que este asunto de la xenofobia se calmará. No durará para siempre. Sí, de vez en cuando hay un incidente aquí y allá, pero claramente van a la baja. Las cosas están mejorando.

¿Canadá?

¿Qué se encuentra en un lugar donde la gente no se duele, no sufre, no teme, no llora, no muere y se pudre? ¿De qué se habla con personas que tienen las uñas limpias y que de noche duermen con las puertas abiertas? ¿Cómo conectas con un medio tan estéril?

Cuando le dije a mamá que Nyasha se había ido y que estaba harta de que la gente me abandonase, de que todos me abandonasen, de que nadie me quisiera lo bastante para quedarse, mamá exclamó:

—¿Canadá? ¡*Aborehwaa!* ¡Que se quede con su Canadá! ¡Son tal para cual!

Me siguieron llegando noticias de Nyasha. Todos en el trabajo querían hablarme de ella. Si no era que estaba en Canadá, era que se había trasladado a Inglaterra para vivir con su madre. Hasta los camilleros conocían detalles de la partida de Nyasha. Al parecer, había tenido tiempo de despedirse de todos, salvo de mí.

—Esa tal doctora Nyasha, casi había terminado la especialidad cuando se le presentó la oportunidad y decidió cogerla al vuelo. Ya sabe cómo son esos extranjeros, doctora. No les importa empezar de cero si eso les permite medrar. Como el doctor Ogu, *Inel* ¿Sabe que en su país era profesor de universidad? ¿Por qué cree que puede hacer una aspiración de médula ósea tan deprisa? Estos extranjeros no son como nuestra juventud.

Yoh, nuestros jóvenes, doctora, esperan que les caiga una oferta del cielo. Salen de copas de lunes a domingo y te dicen que eso es hacer contactos. Conducen cochazos, ni siquiera se sabe de dónde sacan el dinero. Si dentro de

diez años el presidente del Congreso Nacional Africano es nigeriano, no me sorprenderá. ¡Nosotros no hacemos nada, doctora! ¡Ay! ¡*Wena*, espere y verá!

Mucho después de que Nyasha saliera de mi vida, subiese a un avión y desapareciera como si nunca hubiéramos existido, seguí soñando con ella y creía verla en centros comerciales, aparcamientos, atascos. Me pregunto qué diría si me viese ahora, siendo madre. A veces todavía sigo buscando su aprobación en la ropa, los planes, los sueños.

Pero Nyasha nunca me quiso. No como la quería yo. Siempre fui demasiado sudafricana, demasiado cristiana, demasiado occidental, demasiado alienada, demasiado débil, demasiado asustada para lo grande que era ella.

A veces pienso que habría sido mejor que Mpho se quedara en el útero. Allí podía girar, dar volteretas, chuparse los dedos y frotarse los ojos sin preocuparse por el fracaso, la enfermedad, la decepción, la pena, la soledad y las plegarias no atendidas. Allí dentro estaba segura y protegida.

Pero tenía que salir. Incluso aquel lugar seguro se habría vuelto en su contra pasados nueve meses, se habría convertido en una roca dura y hostil. Tenía que salir, como todos. Y enfrentarse a lo que todos tenemos que enfrentarnos.

A veces, en el trabajo, alguien que está al corriente de lo ocurrido se arma de valor y me pregunta cómo lo llevo. Algunos lo hacen por genuina amabilidad y otros para calmar sus propios miedos. Me preguntan por qué los guardias de seguridad no acudieron aquella noche en mi ayuda, o por qué pienso que el «ataque» guardaba relación con la petición que había iniciado. No están preocupados por mí, sino por ellos. Quieren asegurarse de que hay algo singular —mi historia, mis malas decisiones— que me llevó a esta situación. Quieren que yo les reconforte. «No, fue culpa mía», quieren oír, para sentirse a salvo de una fatalidad similar.

He madurado un poco, y como soy comprensiva con sus miedos les cuento las historias que quieren oír para que me dejen en paz. Para que me dejen y pueda volver a casa con Mpho.

Mpho es preciosa. A veces descubro que me he pasado horas mirándola sin ningún motivo concreto, salvo que es encantadora. Con esos brillantes ojazos negros, llenos de amor y compasión. Con esa sonrisa desdentada. Creo que nunca he conocido nada igual en mi vida.

Ni siquiera escribo este diario tanto como antes. Supongo que no lo necesito. Por una vez en la vida se me ha apaciguado el corazón.

Le pregunté a mamá cómo algo tan perfecto, tan magnífico, podía proceder de tanta oscuridad. Mamá me respondió que Mpho es como esas flores nocturnas que solo se abren cuando el sol lleva mucho tiempo escondido, como la onagra con todos sus poderes curativos.

Algunas veces mamá es una pesada, pero otras dice unas cosas maravillosas.

Hoy me llevo a Mpho a vacunar. Esta mañana se ha despertado derrochando risas y gorgoritos. Cuando le he cantado, ha movido los brazos y las piernas de puro gusto. No tiene ni una sola preocupación, pero yo me he pasado toda la mañana con el corazón angustiado, nerviosa por el dolor que la enfermera le infligirá más tarde. Un dolor necesario. Un dolor que la salvará, la protegerá, le ahorrará sufrimientos futuros. Un día me lo agradecerá, pero pese a todo me siento mal. Ninguna madre puede soportar que lastimen a su hijo. Mientras zarandea felizmente los animalitos que cuelgan del móvil, preparo su bolsa para la visita a la clínica. Me visto de forma apropiada. Llevo una camisa con botones que se desabrochan fácilmente para poder darle el pecho después de las inyecciones y apaciguarla. También guardo en la bolsa una muda de ropa por si, como la última vez, llora tanto que acaba vomitando el desayuno.

Si tuviera que explicarle lo que le espera, no lo entendería. Es demasiado joven y, en cualquier caso, ¿para qué? Hay que hacerlo, tienen que ponerle la vacuna. ¿Por qué estropearle la mañana con una información estresante cuando yo estaré ahí mismo, a su lado, para consolarla cuando todo haya terminado?



KOPANO MATLWA (Pretoria, 1985) forma parte de la nueva generación de jóvenes escritores sudafricanos. Licenciada en medicina, ha sido la ganadora del Premio Literario de la Unión Europea en 2017, y tiene en su haber dos novelas anteriores a *Florescencia: Coconut y Spilt Milk* (esta última se hizo con el premio Wole Soyinka de literatura en 2010). Después de completar un máster en Ciencia de la Medicina Global en la Universidad de Oxford, se ha vuelto a instalar en Sudáfrica, aunque sigue viajando a Inglaterra para dar conferencias en un curso de doctorado sobre Salud General.

Notas

[¹] *Ragadi: tía paterna.* <<

[2] *Gogo*: abuela. <<

[3] *Malome*: tío materno. <<

[4] *mos*: «claro está». <<

[5] *kwere-kwere*: término despectivo para denominar a los extranjeros en Sudáfrica. <<

[6] *Slegs Blankes*: «solo para blancos». <<

[7] *magadi*: ceremonia en que el futuro novio o el cabeza de familia hace una donación en dinero o en especie a la familia de la novia. <<

[8] ¡*Sies!*: expresión de asco. <<

[9] Términos de parentesco. En orden de aparición: «abuela», «tío materno», «tía» (hermana mayor de la madre, o esposa del hermano mayor del padre), «tío», «tía paterna», «padre», «hermano», «abuela», «hermana mayor», «tía».

<<

[¹⁰] Salmos, 46:10 <<

[11] «Pero, doctora, eso son cosas nuestras, ¡déjelo estar! Acabará metiéndose en un buen lío». <<